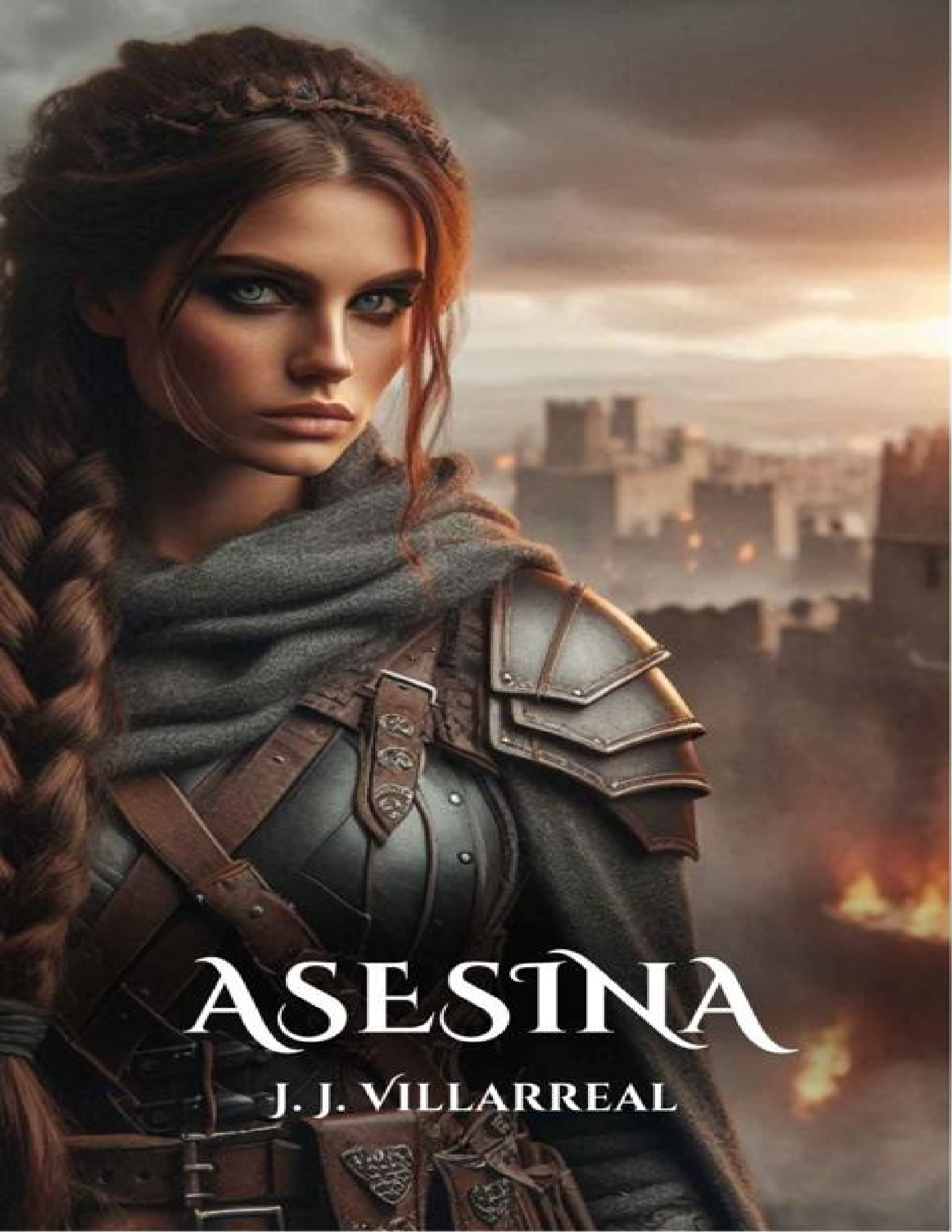

ASESINA
J. J. VILLARREAL

Contenido

Copyright
Dedication
Mapa
Parte I
El castillo
El medallón
Un juego
Una reunión
Un puntapie
La mazmorra
El trato
Parte II
El descenso
La búsqueda
Un salto
El mapa
El presente
La puerta
La huida
El encuentro
El intercambio
Un brindis
Epílogo
Al lector
Sinopsis
Otros libros
Notes

Copyright © 2024 J.J. Villarreal
Todos los derechos reservados.
Estrictamente prohibido copiar esta obra de manera ilegal sin el permiso explícito del autor. Esta es una obra de ficción.
Copyright © Torre Fuerte Editorial.

A los fieles lectores…

MAPA


REINO DE
ZURMELDÁN
GOLFO DE RORINDE
ACÓS
FRONTERA NORTE
CORDILLERA ALAMÍN
MONTAÑAS ROJAS
VALLE DE HINARÁM
ISLA DEL DRAGÓN
ZURMELDÁN
BOSQUE REAL
LA LLANURA
MAR DE LA TORMENTA
SALDEL
MAR SALADO
BAHÍA DE LOS CANGREJOS
XULDI
ISLA DE LAS LÁGRIMAS
PERCORATÁN
GARRAJAL

PARTE I



1. EL CASTILLO

HOY…

De todas las locuras que había hecho en su vida, esta competía por el primer lugar.

Muerte segura, pensó. *Muerte segura si me caigo.*

Las murallas externas del castillo ducal de Xulde eran grandes, casi tan altas como las del castillo real de Zurmeldán. Además, el castillo estaba en la cumbre de un acantilado rocoso, y para llegar a la muralla primero tuvieron que escalar el monte.

Alina pensó que podrían llegar arriba en menos de una hora. Sin embargo, ya iban por la segunda y le dolían las extremidades, sobre todo la cadera, por una antigua lesión que pensaba había ya sanado por completo. Los dedos de las manos le ardían, también, y su respiración se tornaba pesada.

—¿Todo bien allá abajo? —dijo ella, mirando hacia Josafat, que venía escalando.

—Me la estoy pasando de maravilla —dijo en tono sarcástico—. Sobre todo con la vista hermosa hacia abajo, las rocas.

Puesto que el castillo estaba asentado sobre la ladera rocosa con vista al mar, caerse significaba estrellarse contra las piedras. De todas maneras, a esa altura, incluso si cayeran sobre una cama de pétalos sobre la arena, perderían la vida.

El ascenso se dificultaba por varios factores. Primero, el viento. No había corrido el aire por tres días. Sin embargo, al parecer la Diosa tenía otros planes, porque como a una media hora de subir, comenzó el vendaval. Segundo, una llovizna que si bien ligera, hacía que la roca fuera resbaladiza y más difícil de tomar un buen agarre. Tercero, la noche. Estratégicamente comenzaron el ascenso bajo el manto de la oscuridad nocturna para que cuando llegaran a las cima las tinieblas les facilitara la segunda parte de la misión; sin embargo, la ventaja era también una significativa desventaja en esta primera parte de la encomienda, pues subían casi a ciegas, palpando su camino.

—Vaya locura, subir de noche —dijo Josfat.

—No te preocupes —le dijo Alina—, si llegas a caer, la cuerda está bien asegurada.

—Confío en ti.

Ascendían usando una sencilla técnica de relevo. Alina, con la cuerda sujeta al cinto, escalaba varias varas[1] de altura mientras aseguraba un extremo de la cuerda con martillo a los clavos de anclaje. Entonces subía Josfat, quien recuperaba los clavos siguiendo el mismo camino, pasaba por un lado y ascendía, haciendo la misma labor. Subir, asegurar, relevar, repetir.

Era pasada la medianoche. Ayer, cuando planearon todo, se postularon si sería mejor subir sin ningún tipo de equipo; una escalada libre, pues tanto ella como él lo habían hecho antes en muchas ocasiones. Pero nunca en una muralla tan alta.

Gracias a la Diosa no lo hicimos así, pensó Alina.

—Ya casi llegamos —murmuró Josfat mientras la pasaba.

Tenía razón. Alcanzaban a distinguir las almenas del adarve. El viento y lluvia eran maldición y bendición. Maldición porque les dificulta subir, bendición porque ofuscaba el sonido del martillo. De todas maneras, desde años atrás la muralla no estaba bien resguardada. Vivían tiempos de relativa paz, y habían pasado años desde que los reinos garrajeños, o las tribus desérticas del norte, o los piratas del Mar de la Tormenta no intentaban una incursión militar mayor.

Seguramente encontrarían algún vigía, pero habían espiado con catalejo esa parte de la muralla y la escogieron precisamente por ser una en donde rara vez pasaba algún soldado.

Probablemente porque sería una locura intentar incursionar al castillo por allí.

Una locura, sí. Una completa locura. Pero aquí estamos.

—¿Y si nos quedamos aquí un rato para admirar la vista? —dijo el ladrón.

—Ya deja de bromear, que se me sueltan los dedos.

La vista sí había sido espectacular, antes del que el cielo se nublara. Por un lado, el inmenso mar hacia el oeste, con el enorme embarcadero en la orilla, la luz de la luna dejándoles ver cientos de barcos, grandes y pequeños. Y después estaba la ciudad hacia el sur, la enorme ciudad de Xulde, con sus magníficos templos, plazas, torres. La posición de la muralla les impedía ver la gran mayoría la ciudad, pero podían ver el muelle, el gran Templo Mayor, y al sureste vislumbraban la mitad de Magna Biblioteca, al igual que varias torres de la antigua muralla ya derrumbada que delimitaban la «ciudad vieja». Además de eso, decenas de techos rojizos cerca de la costa que, a diferentes alturas, resguardaban a los miles de habitantes de la ciudad.

—¿Mis chistes no son de tu agrado? —le preguntó entre golpe y golpe al clavo.

—Oh, sí, me encantan. Es lo único que ha hecho llevadera la escalada.

—Me alegra oírlo. Los escogí con intensa minuciosidad, sabiendo que tienes un alto estándar cuando de chistes se trata.

—¿Y cuándo comienzan los buenos?

—¿Cómo que los buenos?

—Los chistes buenos. Hasta ahora me has dado, me imagino, los de cáliz, ¿no? Para calentar el fuego.

—Es al revés, Sombra. Ya gasté todos los buenos, ahora comienzan los malos.

—¡Ah! Por fortuna ya estamos por llegar. Me perderé el resto de los chistes. Qué desgracia.

—No te preocupes, me reservé dos o tres de los buenos, por si se presenta la oportunidad.

Alina sacudió la cabeza, agradecida de que el líder de la Cofradía del Pacto, esa pequeña pero peligrosa banda de ladrones, no viera su media sonrisa.

A ella no le encantaba trabajar en compañía, pero en este caso no tuvo opción. Ni hablar. Viéndolo por el lado positivo, Josafat era fuerte, astuto, y despiadado cuando necesitaba serlo.

Alina lo relevó, y pronto llegó hasta la cima, gracias a la Diosa Madre. Miró a ambos lados, pero ningún guardia. No llevaban espada, para no dificultar más la subida, solo daga. Ella al cinto una daga delgada, ligera, sumamente efectiva. Josfat su daga envainada al cinto, y traía atravesada por el hombro y pecho una soga de repuesto, por si la necesitaban.

Mientras llegaba él, Alina se hizo un masaje en las manos, los muslos, los chamorros, los hombros, y la cadera, sobre todo. Maldijo para sus adentros.

Apenas comienza lo más importante, y ya estoy cansada.

Finalmente llegó Josfat, le tendió la mano para ayudarle.

—Recuérdame no volver a escalar la muralla de Xulde, por más que insistas —dijo él.

—Cuenta con ello.

Recorrieron el camino de ronda en dirección norte, hacia una de las torres. Pasaron un par de

matacanes que en tiempos de guerra tendrían varios soldados vigías, pero estaban vacíos.

Alina, que iba de guía, se detuvo y apuntó. Adelante de ellos, junto a la entrada a la torre, un soldado sentado en un banquillo, inmóvil, su lanza recargada en la pared.

Ambos desenvainaron daga y se acercaron con sigilo, pero el soldado estaba dormido. Josfat se arrimó para degollarlo. Alina puso una mano sobre el hombro del ladrón y le dijo «no» con la cabeza. Josfat entornó los ojos. No estaba de acuerdo con la decisión de la mercenaria, pero al final ella era la líder de la misión. El soldado era un jovencito, delgado, inofensivo, que dormía con la boca abierta de la que salía un suave ronroneo. Lo habían mandado probablemente allí para darle algo qué hacer.

El acceso superior a la torre era un arco angosto y sin puerta. Entraron y descendieron por unas escaleras de caracol. Salieron hacia un pasillo externo, construido en la parte interior de la muralla, con pasamanos de madera, y por ahí descendieron unas escaleras largas y estrechas hasta llegar al patio interior, con las cocinas a la izquierda, establos a la derecha, el pozo de agua frente a ellos y, atravesando el patio, la torre del homenaje.

La torre principal no era redonda, sino cuadrada. Podían ver tres guardias en total. Uno en la esquina norte; otro en la esquina sur, frente a ellos; y otro apostado junto a la puerta, que estaba también en la pared sur. La pared del norte, que daba al templillo, no la podían ver, y la del este estaba contigua a la muralla y daba hacia la ciudad.

Maldita sea, pensé que quizás no nos encontraríamos con guardias.

Sin embargo, allí estaban, tres de ellos. Tendrían que deshacerse de los tres, matarlos. En la medida de lo posible prefería no derramar sangre. Imposible en esta ocasión.

Caminaron en línea recta y agachados, usando el pozo como escondite. Era una noria grande, con una estructura de piedras suficientemente ancha para ocultarlos a ambos.

Alina le susurro al oído:

—Solamente veo tres.

Josfat asintió.

—¿Crees que haya más?

Josfat negó con la cabeza.

De nuevo, ¿quién se atrevería a intentar robar el castillo de Xulde? Nadie en sus cinco sentidos. Y este no era un robo cualquiera.

No, esta es una misión prácticamente suicida.

El portón de entrada era grande, una puerta de madera gruesa levadiza que además contaba con la protección adicional de un rastrillo de hierro ya oxidado que no se había bajado en años. Del otro lado del portón estaba el pabellón de guardia con unos cinco soldados. Además de ellos, el segundo piso de la torre del homenaje eran dormitorios para la guardia personal del duque, pero no estaban seguros cuántos soldados dormitaban allí, y tampoco querían verificarlo.

Alina se asomó. Los guardias estaban por lo menos a unos veinte pasos de distancia. Tendrían que llegar a ellos en silencio y matarlos antes de que pudieran dar la alarma. Si no lo lograban, probablemente la misión fracasaría y terminarían en el calabozo si les iba bien, muertos si les iba peor.

Haciendo señas con los dedos, Alina dio la instrucción. Ella se encargaría del soldado en la esquina sur, mientras que Josfat del de la esquina norte. El ladrón dijo que sí con la cabeza.

Aquí vamos, pensó Alina.

2. EL MEDALLÓN

SIN CAMINAR, SIN correr. Simplemente se acercó en silencio a su objetivo lo más veloz que podía. El pobre hombre, un guardia joven, estaba de pie con alabarda en la mano izquierda y los ojos cerrados. Probablemente descansando. Probablemente pensando que esta era, de todas las cosas qué hacer como soldado, la más aburrida. Hijo de alguien. Hermano de alguno. Con una infancia y adolescencia, con sueños, y apunto de irse al descanso eterno. ¿Quién le daría la noticia a su madre? El capitán de la guardia, esperaba. Ojalá fuera algo personal, y no un pedazo de papel firmado por el comandante de tropa. «Su hijo tuvo una muerte heroica defendiendo valientemente la torre del duque. Ha sido recibido en los cielos eternos por la Diosa Madre».

Mírenme. La mercenaria, la Sombra, pensando en la muerte de un desconocido. Me estoy suavizando demasiado. ¿Por qué?

No abrió los ojos hasta que era demasiado tarde. Para evitar que gritara, le enterró la daga en la garganta, por debajo de la nuez. Aterrado al sentir el súbito dolor, sus ojos se abrieron, desorbitados por el pánico, pero pronto se pusieron en blanco. Cuando las rodillas se le doblaron, Alina lo sujetó para que no cayera al suelo de golpe, luego verificó que Josfat había ya degollado al otro.

Solo quedaba uno, a unos cinco pasos de ella, el cual al escuchar un ruido que no reconoció se puso alerta, y posiblemente habría logrado dar la alarma si le hubieran dado unos latidos más de tiempo. Sin embargo, dichos latidos no le fueron dados, pues dando zancadas la mercenaria lo tomó por el hombro y le enterró el acero por encima de la coraza plateada. De la boca del soldado no salió grito alguno, sino el borboteo de la sangre expelida de la boca y herida cervical. Alina lo tomó por los hombros y lo colocó en el suelo.

Josfat llegó detrás de ella y levantó el pulgar: «Todo bien».

La puerta de madera de entrada a la torre estaba recubierta por tiras de hierro horizontales, además de un cerrojo grande. Sin embargo, el candado no estaba puesto, ni barrotes del otro lado. Abrieron la puerta solo lo suficiente para entrar.

Muy oscuro adentro, pero conocían los planos de la torre del homenaje porque los consiguieron de contrabando, una copia del original, y los memorizaron. El sótano estaba dedicado por completo al calabozo, que tenía años en desuso, o por lo menos eso se decía. El primer piso eran almacenes, el segundo dormitorios de la guardia, el tercero el gran salón ducal, el cuarto siendo los dormitorios de la familia del duque, incluyéndolo a él, la duquesa y sus dos hijos varones. En el mismo piso vivía el mayordomo y varios de los sirvientes. Las escaleras estaban en la esquina. Llegaron a ellas y comenzaron a subirlas. En el segundo piso encontraron una lámpara de mano encendida, colgada en un clavo. La tomó para continuar. Llegaron al último piso sin contratiempos y sin toparse con algún soldado. Otra entrada con puerta, pero ésta completamente abierta.

Alina apagó la lámpara. Estaban ya en los dormitorios de la familia ducal. Frente a ellos un pasillo ancho y largo, la habitación del duque era la última. Recorriendo el pasillo se asombró de

la riqueza desplegada. El piso, en lugar de piedra era de madera, y las paredes estaban tapizadas con cuadros de arte cuyos detalles no alcanzaba a distinguir del todo, además de escudos de diferentes colores y armas de todo tipo. El suelo alto ostentaba frescos artísticos cuyos detalles se perdían en las sombras. El pasillo entero tenía armaduras completas a ambos lados, como si fueran estatuas de soldados inertes, y por encima del arco superior de la puerta a la habitación del duque un trofeo de caza: la cabeza de un enorme elefante.

Allí estaban. Por entrar en los aposentos privados del hombre más poderoso de la ciudad, y uno de los más poderosos de todo el reino.

El duque de Xulde, Dorne Obdane.

Era una puerta con un hermoso picaporte de oro. Alina venía lista con algunos instrumentos en su cinturón en caso de que necesitaran abrir el cerrojo. Sin embargo, no parecía tener cerradura. Abrió la puerta, no rechinó. Entró con Josfat detrás.

El ventanal de piso a techo y puertas dobles que daba hacia el balcón con mirada a la ciudad estaba abierto, las cortinas ondeando por el aire. Se acercaron a la cama. Sabían que el duque dormía siempre solo, la duquesa en el cuarto contiguo.

«Yo me encargaré del duque», le había dicho Alina a Josfat cuando planearon la misión. Ella fue extremadamente clara con ello, y le pidió al ladrón que de viva voz dijera que estaba de acuerdo, lo cual hizo.

Al acercarse, la mercenaria se quedó petrificada. Sintió un escalofrío de pánico.

La cama estaba vacía.

Inmediatamente miró en dirección del balcón. ¿Estaba allí?

Debe estar teniendo una noche de insomnio, pensó. Habría salido al balcón para tomar aire fresco y mirar desde la altura la ciudad que gobernaba. Dorne Obdane era duque y gobernador de la ciudad, su familia siendo por siglos algunos de los más grandes terratenientes del reino.

Nunca lo había visto de cerca, pero sabía más o menos cómo se veía por un retrato grande colocado en el vestíbulo de la Magna Biblioteca, y la estatua erigida en la plaza principal de la ciudad, donde el duque aparecía representado sobre un enorme corcel, vestido como militar con espada apuntando hacia el frente.

Apenas dio tres pasos en dirección del balcón cuando se destapó una lámpara en la esquina, a la derecha del ventanal.

Sentado, Dorne Obdane.

—Pensé que vendrías sola, pero veo que trajiste un compañero —dijo el duque.

Por la santa unción, pensó. *¿Qué demonios…?*

Tanto ella como Josfat se quedaron inmóviles. El duque era un hombre extremadamente bien parecido. Tendría unos cincuenta años, barba gris, poblada y corta. Su cabello era gris también, pero de ese gris plateado elegante. Vestía unos pantalones oscuros de seda, andaba descalzo, y llevaba una camisa de algodón blanca, los primeros cuatro botones sin abrochar, dejando ver un pecho fornido con vello pectoral blanco y rizado. En una mesa de noche a su izquierda reposaban tres objetos: la lámpara, una ballesta pequeña con la flecha encajada, y una sable desenvainado.

—Ahora resulta que les comió la lengua el Espectro —dijo, los ojos brillando.

Alina miró a Josfat. Los ojos del ladrón decían: «Esto no me lo esperaba».

De todos los escenarios, probablemente este era el peor. Tener que enfrentarse al noble.

—Supongo que vienen por esto —dijo Dorne Obdane metiendo la mano por la abertura de la camisa y sacando un medallón dorado sujetado a una fina cadena que descendía desde el cuello.

—Sí, duque, venimos por el medallón —dijo ella.

—Sabes, la razón por la que duermo con él es porque sabía que algo así sucedería. Alguien

intentaría robármelo, y para eso tendría que cortarme la cabeza. Solo no pensé que tan pronto. Me encantaría saber cómo por los demonios infernales se enteraron de que está en mi posesión. Es…, o era, un secreto bien guardados. O eso pensé. ¿Algún espía entre mi gente? Alguien irá al calabozo por esto.

Soltó el medallón, el cual quedó pendiendo de la cadena, por encima de su camisa.

—Nadie tiene que perder la cabeza hoy, duque —dijo Alina.

—¿No? —respondió enarcando una ceja—. ¿Pretendes que simplemente te lo dé?

—Sería lo más sencillo, sí.

—No acostumbro darle mis cosas a otros, a menos que lo merezcan. Definitivamente no a un par de ladrones—dijo—. Esta reliquia perteneció a mi familia en el tiempo de la fundación. Pero nos fue robada hace casi quinientos años. No tengo pensado ser aquel que la pierda de nuevo.

—No vinimos a discutir la procedencia del medallón —dijo Josfat—. Dejaremos eso a los historiadores.

El noble entrecerró los ojos ojos:

—Guarda silencio, ratón. La conversación no es contigo. Evidentemente ella es la líder.

—Duque, no nos obligue a usarlas —dijo Alina moviendo ligeramente su mano derecha, con la que empuñaba la daga.

—¿Te atreverías a usar el acero contra tu duque?

—Saldremos de aquí con ese medallón, cueste lo que cueste.

Dorne Obdane, serio, le lanzó una penetrante mirada. Alina se la sostuvo. Una corriente fresca de aire entró por la ventana, haciendo ondear suavemente las cortinas.

El duque levantó la mano derecha y apuntó hacia arriba. Alina notó algo que no había visto antes, un cordel que descendía desde el techo, con el extremo hecho un nudo, el cual el duque podía agarrar con extender la mano.

—¿Sabes qué es esto? —dijo—. Es una campana de emergencia. Hay tres en este cuarto. Si yo la jalo, sonará la campana de alarma en los dormitorios de la guardia. ¿Cuánto tiempo crees que les tome llegar aquí, armados?

No estaba segura. Probablemente muy poco.

—La pregunta que te debes hacer, ladrona, es esta: si tú y tu amiguito serán capaces de quitarme el medallón y huir de una torre que estará atiborrada de soldados armados. Y si por milagro logran salir de la torre, todavía tendrán que llegar a las murallas y descender por ellas, pues imagino que eso hicieron. Si acaso lograran eso, y lo dudo mucho, ¿podrán esquivar las piedras que mis soldados arrojarán desde arriba?

Alina escuchó a Josfat maldecir entre dientes.

—Que la Diosa lo decida —dijo Alina, aunque su voz salió con menos convicción de lo que hubiera deseado.

Por primera vez, el duque sonrió.

—Me caes bien, ladrona. Solo por eso, y porque estos días han sido excesivamente aburridos, te daré una oportunidad.

Al decir eso, Dorne Obdane tomó la ballesta, apuntó, y disparó.

3. UN JUEGO

HACE UNOS DÍAS…

—Oye, Lamet —gritó el jorobado Pitt—, ¡otra ronda de aguardiente para esta mesa!

—Va que vuela —respondió el tabernero.

—No creo que pueda beber más —dijo Alina, que se sentía extremadamente feliz, arrastrando las palabras un poquito.

—Pero cómo de que no, Alina, ¡si apenas estamos comenzando! —dijo Roamán, las mejillas coloradas.

—Bueno, pues; pero el que pierda la próxima, que pague la ronda.

—¡Ea! —dijo Pitt.

La taberna estaba completamente llena de comensales que bebían, comían, cantaban, jugaban, conversaban. El juglar no llegaba todavía, pero cuando lo hiciera el aire se llenaría no solamente de tabaco, sino del sonido de las voces cantando alguna balada.

Les gustaba ir allí en específico porque, a diferencia de otras tabernas, en las cuales para entrar se dejaban las armas, la de Lamet permitía entrar con ellas, en parte porque el cantinero conocía prácticamente a todos sus clientes, y a través de los años desarrollaba una relación de confianza con ellos. No que todo mundo anduviera armado, por supuesto. Pero los que traían acero encima podían dejarlo en el armario si querían, o dejarlo en el cinto si lo deseaban.

También les les gustaba frecuentar esa porque Lamet les reservaba siempre una de las mesas más cercanas a una puerta trasera que llevaba a una bodega en cuyo extremo estaba la puerta de salida hacia el callejón de atrás, puerta que solo se abría por dentro y, por lo tanto, les permitía una huida rápida en caso de que fuera necesario. Hasta ahora no se había presentado la ocasión, pero en la línea de trabajo de Alina y sus dos compañeros, se planeaba siempre por lo que podría suceder, no por lo sucedido.

Jugaban a las cartas. El juego era «cuatro astros»: el sol, representando el coraje. La luna, representando la sabiduría. La estrella, representando la suerte, y el cometa representando el destino. Se repartía la mano, se tiraba el dado, y el que tuviera el número más alto tomaba una carta de la pila de robar y dejaba una. Ganaba el que tuviera la mano más alta, o el que obtuviera primero cuatro parias: mago, oráculo, guardián, y un As de sol.

—Alina, entonces, cuéntanos de tus últimas aventuras, que estamos entre amigos —dijo el jorobado Pitt. Siempre era el que tomaba más sin que se le notara. Tenía una habilidad impresionante para ingerir cualquier bebida sin perder el juicio.

—Ya sabes, Pitt, lo mismo de siempre. Más bien yo quiero escuchar de ustedes.

—¿De nosotros? ¡Pero si ya te lo dijimos todo!

—No, no me han dado detalles de su viaje a Percoratán.

—No tan alto, Alina, por la Diosa —dijo Pitt, aunque sonriendo.

—No te preocupes, Pitt, estamos entre amigos —dijo ella y lanzó una carcajada, a la cual se

unió Roamán como se acabara de contar el mejor chiste de la noche. Él era el más joven de los tres, y el más alto. Cabello rojo y rizado, una nariz chata acompañada de pecas en su piel que había sido blanquísima pero ahora estaba tostada por el sol, y un semblante de niño. Si no fuera por los poderosos músculos y el pecho de barril, cualquiera pensaría que no mataría ni un mosquito. Sin embargo, Alina lo había visto matar; de hecho, lo vio partirle el cráneo a un desdichado.

—Percoratán fue una tremenda decepción —dijo el pelirrojo—. Además, fuimos en barco. Es la última vez que me hago a la mar, lo juro por mi madre. Prefiero cabalgar hasta allá, aunque me duela el trasero por días.

—Una decepción, ¿eh? —preguntó Alina.

—Ni tanto —respondió Pitt—. Simplemente no sacamos tanta plata como pensábamos.

—Y eso que lo torturamos por mucho… —comenzó Roamán, pero Pitt lo interrumpió:

—No es necesario dar detalles, Roamán.

—Está bien, está bien.

—¿Y tú? —pregunto el jorobado a la mercenaria—. Escuchamos que tuviste una aventura junto con la siana.[2]

—Algo así —respondió a ella, evasiva. No es que no confiara en ellos, simplemente prefería ser privada con algunos de sus asuntos.

—Una reliquia involucrada.

Eso la sorprendió:

—¿Que? Pitt, ¿quién te dijo eso? Maldita sea, no existen los secretos en esta ciudad.

—Ya sabes cómo es, uno escucha esto y aquello, una cosita por aquí, un rumor por allá, comienzas a unir los hilos, sacas conclusiones.

Pitt, hombre entrado en años, delgado, calvo y con una barba blanca desaliñada, era una de las personas más inteligentes que Alina conocía. Había sido un espadachín formidable en su juventud, y seguía siendo letal con el acero a pesar de los años.

—Por la santa unción, Alina, ¿es cierto? —preguntó Roamán—. ¿Una reliquia? ¡Bendita unción! ¡Debiste haber sacado una fortuna!

—Al final sí, una pequeña fortuna, pero no precisamente por la reliquia.

—¿No? —dijo el jorobado, curioso.

—No, la reliquia no la vendimos.

—¡No me digas que se la dieron a los Devotos! —exclamó Pitt.

Ella no respondió.

—¡Bah, Alina! —Dijo Roamán—. Esos Devotos son unos hijos de… —El joven lanzó una mirada furtiva a su alrededor. Los Devotos tenían espías por toda la ciudad, siempre buscando una excusa para mandar a alguien a «la mazmorra» en el nombre de la enseñanza pura de la santa unción.

—Fue la mejor decisión —dijo Alina.

Susurrando, agregó Pitt:

—¿Y lo era? ¿Realmente era una reliquia?

Alina asintió. *He dicho demasiado. Maldito alcohol.*

—Diosa Madre —dijeron Pitt y Roamán, en voz baja.

—Debimos haber estado aquí para ayudarte —dijo Roamán—. En lugar de eso, andábamos en esa apestosa ciudad. Para ser una de las grandes ciudades del reino, tienen la peor comida, nadie es amable allí, el acento es extraño, y las mujeres feas.

—Válgame Diosa, Roamán, seguramente exageras.

—Yo nunca exagero —respondió el joven que siempre exageraba.

Llegaron los tarros con las bebidas, Roamán bebiéndose la mitad del suyo inmediatamente, y continuaron jugando. Había pasado casi un mes desde la última vez que Alina estuvo involucrada en una «misión». Aunque esa última comenzó como una misión de rescate. De todas maneras, al final sacó una buena cantidad de dinero, por lo que no estaba preocupada por encontrar una nueva ocupación, por lo menos no todavía. Pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, comprando o rentándole libros a adoni Musrum el librero, caminando por el muelle, y en las tardes fumando y jugando cartas con la Cofradía del Pacto: Pitt, Roamán, y su líder, Josfat. También visitaba a siana Larani en su nuevo hogar, el convento de siana Vialedani.

Habría pasado una hora cuando por la puerta entró Josfat, quien apresuradamente llegó a la mesa y se sentó.

—Alguien viene con semblante sombrío —dijo Roamán.

Josfat lanzó una mirada rápida en dirección de la puerta por la que acababa de entrar, y en voz baja le dijo al grupo:

—Todos traen armas, ¿correcto?

—Sí —dijo Alina—. ¿Por qué?

—Porque las vamos a necesitar.

4. UNA REUNIÓN

—¿NECESITARLAS? ¿POR QUÉ? —dijo Roamán quien, acariciando el pomo de su espada, parecía haber recobrado la sobriedad.

—Alina —le dijo Josfat—, los Devotos te buscan por toda la ciudad.

—Pshh, que lo hagan. Tienen un mes buscándome.

—Ahora sí va en serio. Están cobrando todos los favores para llegar contigo. El mismísimo capitán Devoto anda por las calles tras tu pista.

—Ese maldito… —musitó Alina.

—Hace dos horas visitaron a las gemelas.

—¿De veras? —dijo Alina ahora sí con un atisbo de preocupación—. Pero ellas no saben nada sobre mi paradero.

—Quizás, pero eso no detiene a esos monjes.

—¿Y a las gemelas qué les pasó?

—A ellas nada. Pero incendiaron La Carraca Hundida.

—Imposible —exclamó Roamán. Pitt murmuró una blasfemia. La Carraca era la taberna que pertenecía a las gemelas Buldeande, un establecimiento bien conocido en la ciudad, sobre todo entre marineros y mercantes.

—Iban a llevárselas al calabozo para interrogarlas allí, pero se armó la trifulca y ellas huyeron, pero les incendiaron todo.

—¡Hijos del Espectro! —exclamó Roamán.

Los Devotos, monjes guerreros, eran la única orden religiosa que tenía permiso explícito de la Corona para andar armados y llevar a cabo expediciones de carácter militar, siempre y cuando estuvieran asociadas con la defensa de la santa fe ungida.

—Todos los mercenarios de la ciudad estarán alerta —dijo el jorobado Pitt.

—Sí, todos se están escondiendo, los que no han pescado ya para interrogarlos.

—¿Y qué quieren saber? —preguntó Alina—. ¿Para qué me quieren?

Josfat inclinó la cabeza y habló en voz todavía más baja:

—Aparentemente se trata de un medallón. Un medallón que desapareció.

—¿De dónde desapareció? —preguntó Pitt.

—No tengo todos los detalles, pero Kormán, que tiene un contacto dentro de los Devotos, me dijo que una caravana de monjes traía un medallón de sumo valor, lo traían de algún monasterio para acá. Sin embargo, se esfumó.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Creen que estuviste involucrada.

Alina lanzó un juramento:

—¡Pero si tengo un mes rascándome la barriga! Esos Devotos son unos buenos para nada. No tuve nada que ver con eso.

—Al parecer sospechan de ti por cuestión de una reliquia que les entregaste hace poco.

—No veo la conexión —dijo Pitt—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—El medallón es aparentemente una reliquia poderosa, también. Por eso quieren interrogarte, para ver si sabes algo al respecto.

—Pues tendrán que encontrarme primero, porque no hay manera de que vaya a dejarme interrogar por esos malditos fanáticos.

—Entonces habrá que largarnos de aquí pronto, porque están por toda la ciudad. Vi una guardia cerca de aquí, aunque iban en dirección norte.

—Vámonos a la guarida, mejor —dijo Pitt.

—Yo me iré a casa —afirmó Alina, terminándose su aguardiente.

—Mejor ven con nosotros, Sombra —dijo Roamán—. ¿Qué tal si ya saben dónde moras?

—No lo sabrán, estoy segura.

—Concuerdo con Roamán. ¿Para qué arriesgarte? —dijo Josfat.

—No me lo tomen a mal, caballeros, pero su guarida siempre es un tiradero y huele feo.

—¿Huele feo? ¿Cómo que huele feo? —dijo Roamán fingiendo ofensa.

—Huele a hombre. A pies y a axilas.

—Tiene razón —dijo a secas el jorobado Pitt.

—¡Por supuesto que no! —recalcó Roamán.

—De hecho está siendo generosa. Hay días en que huele a perro muerto —dijo Pitt sacudiendo la cabeza.

—Válgame Diosa —masculló Roamán—, yo no huelo nada.

—Porque ya te acostumbraste —dijo Alina—. Entonces está decidido, cada quién se va por su camino camino.

—Te acompañaré, si no te molesta —dijo Josfat.

—De ninguna manera —le respondió, pues ellos no sabían dónde vivía, y prefería mantener eso en secreto todavía.

—Es tu decisión. Pero hay que irnos —reafirmó el líder ladrón.

Llamaron a Lamet, pagaron rápidamente la cuenta, y salieron de allí por el frente, aunque Josfat se aseguró de que no hubiera garrajeños en la costa. Subieron por la calle llamada De la Cosecha, llegaron a la rotonda del herrero, y se despidió de ellos.

Tomando rutas alternas, Alina se fue acercando hasta su habitación, que estaba al norte de la ciudad, cerca de la costa, no muy lejos del castillo del duque. Se cercioró que nadie la siguiera. Finalmente llegó a la calle donde estaba ese edificio de tres pisos, habitando ella en el tercero. Era una calle sin antorchas, como la mayoría de los callejones de la ciudad. Así que antes de caminar hacia la puerta, se quedó escondida en la oscuridad, en una esquina, inspeccionando bien, asegurándose de que no había espías. Parecía que no.

Entonces anduvo por los adoquines apresurada. A mitad de la calle se escuchó una voz firme a su derecha.

—Alto allí, en el nombre de la santa unción.

Maldición, se dijo, un escalofrío recorriéndole la espalda. De las sombras salió un hombre con el uniforme de la devoción, un hombre que inmediatamente reconoció como Sorne Adiram, capitán de los Devotos de la ciudad de Xulde.

El hombre dio unos pasos hacia ella. Iba armado, por supuesto, pero con la espada en la funda. Ella, sin embargo, se llevó la palma al pomo de su espada.

—Eso no será necesario —dijo el capitán. Al momento salieron de la oscuridad otros cuatro, haciendo un círculo amplio alrededor de ella. Todos armados y protegidos con cota de malla, peto metálico y yelmo. Además, tres blandían lanzas, y todos espadas al cinto.

Cinco en total. Cinco soldados.

Son muchos.

—No fue fácil dar contigo. La información que teníamos sobre ti era falsa. Pero al final, lo logramos, aunque por suerte. Así lo decidió la Madre.

—¿Qué quieres conmigo? —dijo ella, alerta, buscando alguna salida. Pero los soldados andaban avisores también, con las piernas separadas, listos para saltar sobre ella o bloquearle un intento de huída.

—Solamente conversar. Si vienes con nosotros, para mañana estarás libre.

—Seguro que sí. Por desgracia, no tengo tema de conversación contigo.

El capitán se encogió de hombros. Tendría unos cuarenta, la barba roja, y era bien parecido. Probablemente de alguna familia acaudalada. Alina nunca había tenido un encuentro con él, pero lo conocía por su fama. Decían que era un fanático, un fundamentalista de la fe ungida. Además, tenía significativo poder en la ciudad, pues a diferencia de la capital del reino, en donde el ejército mantenía a los Devotos a raya, Xulde era una ciudad religiosa donde la Orden Sagrada de la Santa Devoción tenía tanto poder como el ejército. El duque, por años ya, intentaba disminuir su influencia, hasta ahora sin éxito.

—Por el contrario, tenemos mucho qué hablar.

—¿Ah, sí? No me digas.

—Por ejemplo, pudiéramos hablar de una mercenaria de nombre Alina Araluz, oriunda de Oamande.

Se le congelaron los pulmones.

—También podríamos hablar de *otra* mercenaria, a la que llaman la Sombra. Una mujer misteriosa. Despiadada y asesina. Aunque, si me preguntan, mi tripa me dice que son la misma persona. No lo puedo probar. Por lo menos, no todavía.

Diosa Madre bendita.

—Pero eso no es todo —prosiguió, con semblante como de un gato que tiene una paloma en la mira—. Hay otras cosas que me llaman mucho la atención. En los últimos días he hecho de Alina Araluz un, ¿cómo decirlo?, un proyecto personal. Oamande es un pueblo pequeño, pero incluso allí la Iglesia tiene los registros de todos los nacimientos en los últimos cientos de años. ¿Sabes lo que encontré?

Ella no respondió. Su respiración se hizo pesada.

—No existe registro alguno de una Alina Araluz.

No con frecuencia sentía miedo.

Pero estaba sintiéndolo en ese momento.

Tengo que escaparme, huir de aquí. Si este hombre me agarra, nunca saldré del calabozo, nunca, hasta que me haya sacado todo lo que sé a base de tortura.

—Al principio pensé que debía ser algún tipo de error, pero me aseguraron que no. Ningún registro sobre una persona con ese nombre.

¿Cuánta información tenía ya? No podía él saber (eso esperaba ella) que su nombre verdadero era Haliná, del clan Hara'lutze, hija de Halidán, líder del clan. Y que ella, de haberse quedado en las montañas rojas, podría ser en este momento la lideresa del clan. Los clanes del norte se consideraban a sí mismos independientes del reino, y aunque desde hace años el ejército de Zurmeldán no había incursionado en las montañas para intentar someterlos, los habitantes montañeses por años se preparaban para una eventual guerra. Puesto que las religiones de los clanes diferían a la fe ungida —en mayor o menor medida dependiendo del clan—, los Devotos los consideraban herejes.

Lo que la convertía a ella en una hereje, también.

—Por lo tanto —continuó el capitán—, si vienes con nosotros podremos conversarlo como gente civilizada. Si no tienes nada que esconder, no hay nada que temer.

Como un ratón atrapado. He caído en la trampa. No, no lo puedo permitir.

—Muchas gracias por la invitación —dijo entre dientes y llevándose la mano a la empuñadura—, pero tendré que declinar.

—No lo hagas. Estás rodeada.

—Me arriesgaré —dijo al desenvainar.

—La quiero viva —ordenó el capitán al momento momento en que los cuatro soldados se abalanzaron sobre ella.

5. UN PUNTAPIE

HOY…

La flecha no iba dirigida hacia Alina sino a Josfat.

El ladrón, al ver el movimiento del duque, y presintiendo que el ataque iría primero hacia él, se agachó lo suficiente para que la flecha pasara rozándole la cabeza, justo por encima del cabello. Sin perder tiempo, Josfat saltó hacia el duque con la daga en mano.

Dorne Obdane, sin embargo, con impresionante velocidad considerando que era un hombre fornido, estaba ya de pie con la espada en la izquierda. Repelió el ataque de Josfat con rapidez y precisión, y lanzó entonces una patada con el talón derecho, una patada perfectamente ejecutada que le dio al joven ladrón en la boca del estómago y lo lanzó hacia atrás, cayendo de espaldas y golpeándose la cabeza.

—¡Diosa! —dijo Alina sorprendida por la velocidad del contrataque.

Josfat se llevó las manos a su estómago, en posición fetal, y a duras penas musitó: «No respiro…». El golpe le sacó el aire.

Antes de que ella pudiera siquiera pensar, ya tenía al duque encima, arremetiendo con ferocidad, con vigor, como un espadachín entrenado desde la infancia. Y probablemente era así, puesto que los hijos de nobles eran entrenados en la esgrima desde temprana edad, aunque la mayoría nunca se enfrascaría en una guerra más allá de las escaramuzas de entrenamiento con espadas sin filo.

Los golpes entre los aceros sacaron chispas en la oscuridad.

Estoy en desventaja, pensó, *mi daga contra contra su sable. Me cortará una mano si me va bien, la cabeza si me descuido.*

Y sí, ella se descuidó, aunque por fortuna el ataque no fue con la espada, sino una patada que le dio con tremenda fuerza en el costado.

Tiene entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo, también.

Se fue trastabillando hacia atrás. El golpe había sido como con un pedazo de madera. La patada le dio no solo en el costado izquierdo, sino también la alcanzó en el codo, y sentía la mitad de su brazo dormido, cosquilleando.

¡Espectro! ¡Unción santa!

El brazo izquierdo le pendía inservible.

El duque, aprovechando el espacio entre ella y él, dirigió su atención a Josfat, que estaba de rodillas recuperándose. El noble se puso frente al ladrón, levantó la espada y dijo:

—Púdrete.

No sería tan fácil. Josfat saltó como chapulín, enterrando su cabeza en el pecho de Dorne Obdane y abrazándolo. El duque lanzó un grito tanto de sorpresa como de dolor. Cayeron los dos al suelo, la espada del duque se le soltó de la mano. Josfat cayó encima de él y le dio dos puñetazos en la quijada, *pfft, pffat,* derechazo e izquierdazo. Antes de un tercero el duque lo tomó

por el pecho, lo levantó y, con ayuda de sus pies lo lanzó por encima, en arco. El ladrón cayó de espaldas pesadamente.

Alina estaba ya sobre el duque, y lo pudo haber matado, pero a la hora de la hora no tuvo las agallas para meterle la espalda en el pecho. Era el duque, después de todo. ¡El duque de Xulde, maldita sea! ¡No podía *asesinar* al duque!

—Debiste haberlo hecho —dijo poniéndose de pie—. No te daré otra oportunidad.

Dorne Obdane se dio una maroma; sí, literalmente: un salto de rueda, de lado, rodando sobre su brazo y hombro, y recuperó la espada.

Debimos haber venido con espada. Aunque hubiera sido incómodo. ¡Pero somos dos contra uno! Por la santa unción, debía haber sido fácil.

Josfat estaba también ya de pie. Recuperó su daga y dijo:

—Juntos, Alina. Ataquemos juntos.

Exactamente. No podrían derrotarlo, o batallarían mucho para hacerlo, excepto haciendo equipo.

El duque sonrío, jadeando. Le corría un hilillo de sangre de la comisura de los labios.

—Hace mucho que no me divertía tanto, muchachos. Más divertido será cuando lance sus cadáveres por la ventana. Dejaré que los perros devoren hasta sus huesos.

Se arrojaron sobre él al mismo tiempo, pero el duque era un peleador experimentado. Saltó dos veces a la derecha para tener más espacio y se fue contra Alina, moviéndose con presteza para dejarla siempre a ella como estorbo, así evitando que la pelea fuera contra dos.

Muy inteligente, pero nosotros también tenemos cartas bajo la manga.

Tanto ella como Josfat retrocedieron rápido, rodeando de nuevo al duque, que estaba ahora cerca de su enorme cama.

—Vaya, vaya. Y yo pensando que eran dos aficionados.

—No queremos matarlo, pero lo haremos, por la Diosa que sí —dijo Josfat, que respiraba con dificultad.

—¿Lo vas a hacer tú, perro de la pradera? ¿Serás tú el que me atraviese el corazón? —Se carcajeó—. Pues tendrás que traer refuerzos.

Levantó la mano y jaló un cordel que descendía desde el techo, tres veces, con determinación.

—Vamos a ver de qué están hechos. Tienen el tiempo de un par de rezos mayores antes de que por esa puerta entren diez guardias de élite. No combaten mejor que yo, pero casi.

Josfat se acercó por el flanco derecho, ella por el centro, pero una vez más el noble se adelantó para cruzar filos primero con el ladrón, interponiéndolo ahora a él como estorbo.

El jefe ladrón era un espadachín excepcional. Simplemente lo tomó por sorpresa al principio. Pero estaba ahora concentrado, así que hizo una finta, el duque lanzó un mandoble horizontal, y Josfat le enterró la daga en el hombro, hasta la empuñadura.

—*Ahhhggg* —. Dorne Obdane retrocedió y soltó su espada para con esa mano sacarse la daga enterrada. Alina le dio un tajo en la mejilla y Josfat una patada en el estómago. Desorientado, se estrelló contra la pared. La daga cayó al suelo y Josfat inmediatamente la tomó, y después la espada.

Lo habían desarmado.

Dorne Obdane tenía los ojos cerrados y una mueca de dolor. Con la palma intentaba detener la hemorragia en la herida de su hombro.

Alina vio la oportunidad. El medallón pendía del cuello y la cadena era delgada, así que con un movimiento calculado del brazo, cortó ropa, piel, y cadena. Un poco más de presión y le

habría abierto el pecho.

El duque gritó. El medallón cayó al suelo, rebotó dos veces y rodó cerca de los pies de Josfat.

—¡Tómalo! —le gritó Alina.

Gritando, el duque como un toro salvaje corrió hacia Josfat, quien se inclinaba para recoger el medallón, y le dio un puntapié que, de haber acertado en la cara, lo habría dejado por lo menos inconsciente. Josfat alcanzó a meter el hombro y el empeine le pegó en la parte superior del brazo y en el pecho. De todas maneras, el porrazo lo hizo girar y caer. Dorne Obdane recuperó el medallón con su mano izquierda. Alcanzó a dar tres zancadas hacia la puerta, buscando huir por allí y encontrarse con su guardia personal, que vendría en camino, pero Alina saltó por detrás de él y lanzó una tajada buscando herirle la cadera. En lugar de eso, el filo de la espada se encontró con la muñeca derecha del duque, pues llevaba la mano atrás mientras corría.

El duque gritó, un grito largo de dolor y horror. Levantó el brazo herido. Le faltaba la mano.

6. LA MAZMORRA

HACE UNOS DÍAS…

Alina lo intentó.

Intentó escapar.

Pero los monjes guerreros eran esos: guerreros. Probablemente la guardia personal del capitán Devoto, además. Bien entrenados.

La rodearon, ella ha haciendo lo posible por encontrar un espacio para salir corriendo, pero no la dejaron. Alcanzó a darle a uno en la coraza, y a otro en el guante, pero sin hacerles verdadero daño.

—Suelta el arma —le dijo uno de los guardias.

Lo que Alina le soltó fue un mandoble, pero el otro se defendió con la lanza.

Sintió un trancazo en la parte de atrás de la cabeza, hubo una explosión de destellos luminosos en su visión, y todo se volvió negro.

—::—

Se despertó con un insoportable dolor de cabeza. Gimió de dolor y apretó los párpados.

Diosa Madre, me va a explotar la cabeza.

Abrió de nuevo los ojos. Oscuridad casi absoluta. El suelo de madera en donde estaba tirada se tambaleaba, y escuchó el rechinar de las ruedas. Se encontraba dentro de la caja de un carromato. Se sentó y, al llevarse la mano a la cabeza, sintió la humedad de la sangre donde la golpearon. Maldijo. Se palpó la cintura y, por supuesto, no tenía sus armas.

Por lo menos estaba viva. Aunque con ese dolor sentía ganas de morirse.

Comenzó a ver mejor, pues un poco de luz lunar se filtraba por una abertura asegurada con barrotes que medía unos dos palmos por dos.

Escuchó un gruñir. No estaba sola. Había otro cuerpo tirado junto a ella. Se acercó, palpando con las manos.

—Ahhgg —musitó el hombre.

—¿Quién eres?

—¿Quién eres tú? —Su voz ronca.

—Alina —aventuró.

—¿Alina? ¿Eres tú?

Entonces reconoció la voz de Roamán.

—Diosa, Roamán, ¿estás bien?

—No.

El grandote se movió para dejar que la tenue luz le diera en el rostro.

Tenía la cara desfigurada. El ojo izquierdo completamente cerrado con un cardenal horrible,

hinchado, púrpura. El ojo derecho, rojo. La nariz quebrada, con sangre seca pegada alrededor de los labios y mentón. Otra herida encima de la oreja izquierda que todavía sangraba un poco.

—Me dieron duro —dijo con un intento de sonrisa.

—Por lo menos tienes los dientes intactos.

—¿Cómo me veo? ¿Mal, no?

—Mal. Pero todo va a sanar.

—Me aporrearon. Creo que tengo las costillas rotas. También un tobillo. La mano derecha no la puedo mover.

—Diosa.

—Malditos Devotos. Nos emboscaron.

—Igual a mí. ¿Dónde están Josfat y Pitt?

Su ojo derecho se llenó de lágrimas.

—Creo que Josfat logró zafarse. No estoy seguro.

—¿Pitt?

Roamán negó con la cabeza.

—¿Qué? ¿Dónde está Pitt?

—Esos bastardos…

Diosa, no lo permitas.

—¿Lo…? —dijo ella.

—Lo apuñalaron por la espalda. —Una lágrima descendió por su mejilla.

Alina se estremeció. Se le puso la piel de gallina y sintió frío. Comenzó a temblar. El dolor de cabeza se intensificó, y se llevó ambas manos al cabello, estirándolo con fuerza, crujiendo los dientes para no gritar. Le faltaba el aire. Se ahogaba.

Se acostó, poniendo las rodillas en su pecho y abrazándose. Se quedó así, por un tiempo, llorando de rabia.

—Nos llevarán al templo —dijo Roamán.

—Sí.

El templo redondo de los Devotos, la sede de la Orden en Xulde, casi en el centro de la ciudad. Más que un templo, parecía un castillo de tamaño mediano, con su muralla, torres y fosa que ya no llevaba agua. Por supuesto, tenía también su propio calabozo. Había sido construido en los años seiscientos después de la fundación, es decir, hacía unos setecientos años.

—Nos van a torturar —continuó el pelirrojo.

—Probablemente.

—Mejor decirles lo que quieran. No vale la pena morir por alguna estupidez.

—No tengo nada que ver con su reliquia. Todo esto es una equivocación.

—Tendrás que convencerlos. De lo contrario, estaremos allí hasta que quiebren cada hueso nuestro.

—Les diré lo que quieran oír.

Una pausa de silencio.

—Estaremos bien, Alina. Saldremos de esta.

—¿Lo crees?

Lo mismo habría pensado Pitt. Lo acabo de ver, acabo de beber con él, reír con él.

Y ahora se pudría en algún callejón, su cuerpo carcomido por las ratas.

—Sí, lo creo. Los Devotos son unos fanáticos fundamentalistas, pero tendrán que dar cuenta si nos matan. Todavía hay leyes.

—¿Qué de Pitt?

—Malditos bastardos de Sairoadán, tendrán que responder por eso.

Alina no estaba tan segura. Por un lado, era cierto que la Orden de la Santa Devoción sufría mayor escrutinio en los últimos años debido a la animosidad entre entre el duque y el capitán Adiram. También era cierto que si bien la ley les daba significativa libertad para actuar, seguían siendo una orden religiosa que no tenía permiso de ejecutar a ciudadanos del reino excepto si era en defensa propia, o con la autorización explícita del ejército y la aprobación de un juez.

Pero ¿quién no había escuchado los rumores de cómo los Devotos hacían y deshacían a lo largo del reino, tomando la justicia en sus manos, siempre en nombre de la defensa de la enseñanza pura, con las autoridades haciéndose de la vista gorda para evitar ponerse a la Orden en su contra, o a los ciudadanos más religiosos que veían a los Devotos como defensores de la fe?

—Necesito…, descansar un poco —dijo ella, pues la migraña aumentaba.

Se quedó dormida o perdió el conocimiento, no lo supo. Se sobresaltó al escuchar que abrían el candado de la puerta.

—Salgan —les dijo el guardia.

Casi ni me puedo mover, pensó.

—¡Salgan, dije! —Y le dio un golpe a Roamán en la cabeza.

—¡Hey! —dijo Alina—, tranquilízate, perfecto hijo de…

El guardia le soltó un bofetada que le reventó el labio inferior.

—Cierra el hocico, blasfema. Ahora baja del carro.

Ambos obedecieron. Además de la herida en la cabeza le dolía el muslo y el costado, debajo de las costillas. La habían golpeado después de perder el conocimiento.

A su alrededor, las murallas del templo redondo.

Una vista que he querido evitar toda mi vida.

El templo redondo se construyó en la cima de una colina, con murallas exteriores gruesas, una torre en cada esquina. La entrada era por un puente levadizo de madera, que daba acceso hacia el patio interior. El templo estaba en el centro, rodeado de un jardín de césped bien recortado. Como su nombre lo decía, la construcción del templo era redonda, el techo de la nave cónico. Dos torres se levantaban en la parte posterior del templo, hacia el norte, cada una con su aguja elevada, en donde ondeaba en una la bandera del reino, y en la otra el estandarte de los Devotos: una bandera verde con la rama de olivo.

La torre de la derecha la apodaban «la mazmorra», pues era el calabozo de los Devotos. Allí famosamente había sido ejecutado el conde de Gargonia en el 723 después de la fundación, bajo sospecha de herejía, y en el 859 se ejecutó a toda la familia del barón Huzande —padre, madre, y dos hijas adolescentes—, acusados de conspirar contra la Corona y blasfemar la religión ungida. Esas dos historias seguían causando escalofríos en la ciudadanía de Xulde, pues eran un poderoso recordatorio de que nadie, ni la nobleza alta o baja, se escapaba del escrutinio de la Orden de la Devoción.

Los custodiaban siete monjes guerreros, dos de ellos con lámpara de aceite en mano, uno con antorcha.

La noche había refrescado. Debía ser apenas pasada la medianoche. El capitán no se veía por ningún lado. Se acercó caminando un Devoto que el resto saludó.

—Aquí traemos a dos prisioneros, sargento —dijo el que la había abofeteado.

—¿Vienen más?

—No. Uno fue muerto, el otro escapó, pero lo están persiguiendo.

—¿Y el capitán?

—El capitán está comandando la persecución.

—Bien. —El sargento miró a Roamán, luego a ella, con curiosidad—. Los quiero en celdas diferentes, lejanas la una de la otra.

—Sí, mi sargento.

—Les lavan las heridas para que mañana en la inspección se vean bien.

—Sí, mi sargento.

El sargento hizo un gesto con la cabeza, apuntando hacia la mazmorra, e inmediatamente dos hombres la sujetaron fuerte, aunque sin amarrarle manos o pies. Sabían que un intento de escape sería una completa estupidez, y ella estaba segura que los monjes buscaban cualquier excusa para enterrarle una flecha entre los omóplatos.

—Muévete, torpe —le gritaron a Roamán, que caminaba con dificultad.

Los llevaron hacia la torre, sin entrar al templo. Más bien, la más mazmorra tenía su propia puerta, que era angosta de madera gruesa con un par de candados.

A ella la metieron primero y, a partir de allí, no supo nada de Roamán. Subieron por la escalera de espiral que estaba inmediatamente a la izquierda, muy estrecha, tres pisos. Llegaron a un corredor y la arrojaron en la cuarta celda.

Un guardia trajo una jofaina con agua, la puso en el suelo y le dijo:

—Tienes una hora para lavarte. Cuando regrese, quiero que lo hayas hecho si no quieres una aporreada. ¿Entendiste?

—Entiendo.

—Recibirás una comida al día, cuando salga el sol. Cada tercer día vendrá el criado para limpiar la letrina.

Cada tercer día. Diosa, ¿cuánto tiempo estaré aquí?

El inquiridor te visitará cuando él lo desee. Además de eso…, ponte cómoda.

La puerta de madera se cerró.

Estoy perdida, pensó.

7. EL TRATO

SERÍA UNA HORA después cuando se abrió la puerta y entró un cabo que, con lámpara en mano, le inspeccionó la cara. Era un joven, no más de veinte años, pero con una mirada dura. Se preguntaba qué cosas había ya visto ese muchacho.

Ella se había ya lavado y limpiado el rostro. Sin decir más, el monje se retiró y la puerta se cerró de nuevo.

La única iluminación era la natural, que entraba por una abertura vertical de unos tres palmos de altura, por donde apenas y lograba sacar una mano. Escapar por allí sería imposible; además, estaba en el tercer piso.

La celda no tenía cama, solamente un catre delgado en una esquina. Se acostó allí y se quedó dormida.

Despertó cuando escuchó la puerta y, modorra, alcanzó a ver que le dejaban un cuenco de metal. La luz entraba por la ventana. Había amanecido.

Se sentó en el suelo, y gruñó. Todo el cuerpo le dolía. Quería tirarse a dormir más tiempo, pero las las tripas le rugían.

El plato tenía una sopa rojiza, un caldo de tortilla, aunque no estaba segura porque la tortilla (si eso era) se había deshecho. No tenía agua excepto la de la jofaina, así que el caldo servía el doble propósito de hidratarla y darle de comer.

Si ésta es la comida de todo el día, padeceré hambre.

Hambre y frío, pues no le proporcionaron frazada. Se puso de pie y lo primero fue inspeccionar su propio cuerpo, estirándose y palpándose los huesos. Ningún hueso roto, aunque todavía le dolía el rostro y el costado. El muslo muy levemente. El labio estaba hinchado, pero la herida cerrada.

Luego fue a revisar la puerta. Que ella supiera, nunca nadie había escapado de la mazmorra, y ahora entendía la razón, por lo menos en parte. La madera era de olmo, y alcanzaba a ver el doble pestillo que aseguraba la puerta. Quizás, incluso, tenía una barra por el otro lado.

Salir por la ventana no era opción, pues necesitaría algún tipo de utensilio sólido para picar la piedra alrededor de la abertura, e incluso si lograra hacerlo sin alertar a los guardias todavía quedaba la cuestión de descender tres pisos. Podía intentarlo, pues la construcción era de bloques de piedra, pero lograr descender tal altitud sin ningún tipo de apoyo firme, o alguna cuerda, era arriesgarse a quebrarse el cuello. El espacio de las juntas sería apenas suficiente para sus dedos, pero no para sus pies.

Sintió una opresión en el pecho, ese terrible sentimiento de angustia cuando las cosas van mal, muy mal. Y es que no veía salida. Estaba a la merced de los Devotos, o del inquiridor que mencionaron ayer. Los inquiridores no tenían fama de hacer preguntitas.

No saldré de aquí hasta hasta que diga todo lo que quieran escuchar. No importa si yo tenga la información o no.

Tendría que hacer lo que sea para sobrevivir.

¿Cómo estaría Roamán? Vivo, esperaba.

Sí, seguro está vivo. Estará malherido, pero con vida.

Se hizo de noche y, como le advirtieron, no le trajeron nada para satisfacer el hambre feroz. La puerta no tenía ventana con barrotes, sino un pasador que se abría por el otro lado. De todas maneras escuchaba el gemir de un pobre de la celda de a lado. Le aterraba pensar que podría ser ella en algunos días más.

Intentó llamar a Roamán, por si estaba cerca. Primero susurró su nombre, luego lo repitió cada vez más fuerte, pero sin respuesta. Se dio por vencida. Ni siquiera la vinieron a regañar.

El siguiente día, un día miserable, la puerta se abrió únicamente para darle más comida. Se bebió el potaje inmediatamente, quedándose con ganas de más. Apenas era el segundo día y ya sentía ansiedad. Tenía que tranquilizarse.

El tercer día, justo antes de que se metiera el sol, dos guardias abrieron la puerta y, apuntándola uno de ellos con su lanza, le mandó ponerse de pie en la esquina contraria a la letrina. Entonces entró un viejo encorvado, quien arrojó el contenido de la letrina en una cubeta, y la dejaron de nuevo, sola.

Para el cuarto día el dolor en sus tripas era más intenso, como si su estómago quisiera comerse a sí mismo. Esa mañana le dieron un pedazo de carne seca con un pan duro, y rellenaron la jofaina.

Así que de esa manera me mantendrán viva, a base de inanición a medias.

El séptimo día por la noche, cuando estaba ya dormida, la puerta se abrió, dándole un susto. Se recargó contra la pared, el corazón acelerado, y con la mano se cubrió de la luz que llenó la celda.

Eran tres hombres, el de la izquierda con antorcha en mano. Al principio la miraron solamente, en silencio.

Con los ojos entrecerrados, Alina reconoció la silueta del capitán de los Devotos.

Finalmente, pensó ella.

Llegó un cuarto hombre con un banquillo y una linterna de mano, la cual colocó en el suelo junto con el asiento.

Se sentó el capitán Devoto y dijo:

—Espérenme afuera.

Sus hombres obedecieron, cerrando la puerta sin poner el cerrojo.

—Bienvenido a mi humilde hogar —le dijo Alina con voz rasposa—. ¿Algo que te pueda ofrecer? ¿Un poco de té? ¿Tabaco para la pipa?

Sorne Adiram se mantuvo impasible. Sus ojos relampagueaban al reflejo del fuego.

—He tenido un par de días interesantes —dijo el capitán, finalmente.

—¿Sí? Vaya, qué casualidad, somos dos —le dijo, irónica—. Interesantes y divertidos, por lo menos de mi parte.

—En mi caso, divertidos no.

—Menuda desgracia. Tú allá afuera, pasándola mal mientras que aquí estoy yo de fiesta, con el banquete que me traen cada día, sin siquiera decirme la razón por la que estoy aquí. Estoy segura que a un juez le encantaría escuchar mi situación.

—Por supuesto. Cuando salgas, siéntete con la libertad de contratar algún abogado.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo:

—¿Cuando salga?

Pero el capitán de los Devotos no respondió a esa pregunta, sino que se pasó la lengua por los dientes, quitándose algún pedazo de comida imaginaria.

—¿A qué te dedicas, Alina Araluz?

No vio mucho caso en negar que ese era el nombre que usaba.

—Al comercio. Un poco de todo. Compro y vendo cositas.

—El tráfico de objetos está estrictamente regulado por la ley. No declararlo se pena con calabozo. Yo podría, fácilmente, convencer a un juez de eso, y dejarte en alguna cárcel por los próximos diez años.

—Tendrías primero que probarlo.

—No sería tan difícil como piensas. No para alguien como yo, con los contactos que tengo, con los favores que me deben algunos jueces.

Si pudiera te atravesaría el corazón con una daga, aunque eso significara mi ejecución.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué quieres de mí?

—¿Eres tú la Sombra?

—Eso es absolutamente ridículo. La Sombra es un cuento, una leyenda urbana. No existe.

—Hay personas que aseguran lo contrario. El alcalde de Arzulia jura que una mujer que coincide con tu descripción asesinó a sangre fría al conde de esa ciudad.

—Nunca he estado en Arzulia —mintió—, y como dije, eso de la Sombra no es mas que una invención.

A su mente vino un destello de aquella noche en que mató al conde. Se suponía que entraría a su habitación para sustraer los diamantes, y listo. Pero el maldito se levantó para orinar, la vio, y del buró sacó una daga. Alina tuvo que despacharlo, y no lo lamentó mucho, porque ese conde era un perfecto hijo del Espectro. Recordaba el semblante de sorpresa cuando el conde bajó la mirada para ver que tenía una espada incrustada en el pecho.

—También hay otra situación más reciente —dijo el capitán rascándose la nariz—. Algunos hombres y una mujer muertos cerca del antiguo faro. ¿Sabes algo de eso?

—Escuché al respecto. Un conflicto entre pandillas, si mal no recuerdo.

—Posiblemente. La investigación está estancada. Sucedió una noche de tormenta, pero encontramos a un viejo buhonero que caminaba cerca del faro de regreso a su hogar, y asegura haber visto a unas cuatro o cinco mujeres involucradas en la trifulca. Cuatro o cinco mujeres…, me llamó la atención. Interesante, una de las descripciones que dio coincide contigo.

—Con todo respeto, capitán, eso es absolutamente imposible. La última vez que me acerqué al faro fue hace años. Solo porque el buhonero avistó a una mujer de complexión similar a la mía no significa que estuve allí.

—Una mujer delgada, de tez blanca, con el cabello recogido en trenza.

—Igual que cientos de mujeres en la ciudad.

—¿Que sepan blandir la espada?

—¿Por qué no? Las hay, capitán.

—No lo dudo, no lo dudo.

—Si eso es todo lo que tienen en mi contra, rumores, entonces déjeme salir a mí y a mi compañero.

Otra pausa de silencio. Luego:

—Hace unos días desapareció un medallón —dijo el capitán, muy serio, reacomodándose en el banquillo—. Lo traíamos del monasterio de siana Vorliana. Una misión secreta. Sin embargo, la caravana fue emboscada a unas diez leguas[3] de Xulde, mataron a cuatro Devotos, y uno de ellos sobrevivió porque lo dejaron por muerto.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso? Puedo proveer una coartada sólida. Me la he pasado en tabernas. Mucha gente me ha visto.

—Eso es lo peor de todo. Estos días nos pusimos a preguntar sobre ti, hicimos *muchas* preguntas y, para nuestra sorpresa, encontramos que la noche cuando robaron el medallón tú estabas en el convento de siana Vialedani. La abadesa lo confirmó.

A Alina se le iluminó la cara. Sí, había pasado tiempo en el convento visitando a su amiga siana Larani. Comió con las monjas en el comedor común, y tuvo una larga conversación con la abadesa sobre la historia de la ciudad.

—¡Eso se los pude decir el primer día! ¡Por la Diosa! Pero me tuvieron aquí encerrada, sin siquiera poder comer algo decente. ¿Me puedo ir, entonces?

El capitán sonrió.

—Hagamos un trato, Alina Araluz. Si mis sospechas son correctas, tú eres una mujer…, ingeniosa. Te las arreglas para encontrar lo que buscas. Así que me ayudarás a encontrar ese medallón.

Soltó ella una risa seca.

—¿Y por qué demonios haría eso?

—Muy sencillo. Si en tres días encuentras lo que busco, te dejaré en paz, y dejaré libre a tu amigo. Pero si no lo haces, ejecutaré a tu compañero.

—No puedes.

—¿No puedo? —El capitán Devoto se puso de pie—. ¿En verdad crees que no puedo? Hija mía, es lo más sencillo del mundo. Tu amigo es un peligroso ladrón, y mis hombres tienen permiso para actuar en defensa propia. No dudo que tu amigo, enloquecido, intente hacerse con el arma de alguno de mis guardias y que, en defensa de su propia integridad, tengan que atravesarle el pecho. ¿Quién va a contradecir el testimonio de mis hombres más cercanos, hombres de fe, defensores de la santa unción?

—Eres un maldito. Dices servir a la Madre, pero eres esclavo del Engendro.

—Calla, blasfema. ¿Eres una mujer de ingenio? Yo también. Al final, será tu elección. Si quieres verlo de nuevo, tráeme el medallón. Y si no, lo mataré. Después de matarlo, te buscaré hasta los confines de la tierra. Cuando te encuentre, no cometeré de nuevo el error de traerte prisionera. Te cortaré el cuello tan pronto estés en mis manos. O mejor, te estrangularé yo mismo. Y disfrutaré ver cómo te sofoco la vida, segundo a segundo.

PARTE II



8. EL DESCENSO

HOY…

La mano ensangrentada del duque, tirada en el suelo, era una vista horrible.

Acabo de cortarle la mano al hombre más poderoso de la ciudad, y uno de los más influyentes del reino, pensó Alina.

Desde el momento en que Dorne Obdane los descubrió en su habitación se habían convertido en las personas más buscadas de la ciudad. Pero ahora no solamente serían buscados, sino que de ser atrapados, los ejecutarían. Sin duda. Algo así era un crimen aberrante, que una ladrona corriente mutilara a un miembro de la alta nobleza, heredero de una de las casas más antiguas y renombradas en Xulde.

Pero necesitamos recuperar ese medallón. La vida de Roamán depende de ello.

El capitán de los Devotos le había dado tres días para recuperar el medallón, lo cual se completaría cuando saliera el sol.

El duque de Xulde lanzó otro grito de horror al ver su mutilación, dando pasos hacia atrás hasta que su espalda dio con la puerta.

Josfat estaba ya de pie, furioso. Luego vio la escena. Su rostro cambió a uno de sorpresa y horror.

Obdane los miró. Las venas de la frente y el cuello parecían a punto de reventar. Con el muñón alzado a la altura de su rostro, dijo:

—Sean testigos del poder.

El duque primero gruñó, luego de su garganta emanó un extraño aullido que fue convirtiéndose en un grito de cólera y dolor, la cara roja y las venas en su piel resaltadas en su frente, mejilla, cuello, brazos. En la mano izquierda sujetaba el medallón con tal fuerza que parecía que el metal le cortaría los dedos.

Alina soltó un grito ahogado y Josfat vociferó una blasfemia cuando del tocón ensangrentado del duque brotó un hueso carmesí con cinco delgadas extremidades —los dedos—. El semblante de Obdane parecía el de uno poseído por demonios, con la boca desencajada y los ojos desorbitados. La piel en la muñeca empezó a trepar por los huesos como si fuera una enredadera, cubriendo primero la palma, llegando a la base de los dedos hasta subir a la punta.

A Dorne Obdane, duque de Xulde, le acababa de crecer una mano nueva.

Pero él mismo parecía a punto de morir, con la piel de su rostro pegada a los huesos, saliva bajando por su barba. Se deslizó por la puerta hasta caer de trasero. Tenía los ojos en blanco, y gemía, pero era un sonido apenas audible.

—¿Está muerto? —preguntó Josfat.

—No lo sé. —Alina le arrebató el medallón, lo guardó en el cinto, y le dijo a su compañero —: Hay que asegurar la puerta, los soldados deben estar por llegar.

Josfat, apresurado, tomó una de las sillas cerca de la ventana mientras Alina hacía a un lado

al duque.

Con un movimiento decidido, Josfat inclinó la silla hacia atrás, colocando el respaldo justo debajo del pomo dorado, asegurándose de que no cediera hacia adentro. El peso de la silla y la presión del respaldo contra la cerradura creaban una barrera improvisada, pero firme. Se detuvo un momento, escuchando, esperando que el bloqueo les diera tiempo.

Escucharon pasos acercándose, seguido de tres golpes fuertes a la puerta:

—¡Duque! ¡Duque! ¿Está todo bien?

—Por la ventana —le dijo Alina a Josfat—. Es la única opción.

Inmediatamente él descolgó de su pecho la soga de repuesto que llevaba atravesada, y la ató a un extremo de la cama que, al ser grande y pesada, proveería el contrapeso necesario.

Los golpes y los gritos continuaban del otro lado. Uno de los guardias, probablemente el capitán de la guardia, ordenó que derribaran la puerta. Era una puerta sólida, quizás les daría un poco de tiempo antes de que la lograran abrir.

Salieron por la ventana hacia el balcón. Alina echó un vistazo abajo y se estremeció.

Puesto que la terraza daba hacia la ciudad, y debido a que la torre estaba adherida a la muralla este, la caída no era de tres pisos, sino por lo menos del triple. La soga, por supuesto, no cubría tal longitud, y aunque tuvieran clavos para ir descendiendo de manera similar como ascendieron, el tiempo estaba en su contra.

Aunque el viento ya no corría con la misma fuerza, seguía cayendo una ligera lluvia. La roca, por lo tanto, estaba resbaladiza.

Diosa Madre, nos vamos a partir la cabeza.

Pero entonces vio el segundo balcón, más abajo. Recordó que cuando investigaron por dónde subir, esta muralla había sido la primera opción porque tenía dos balcones, que eran puntos de entrada. Pero decidieron no intentar por allí debido a un par de razones, la primera porque en la base de la muralla pasaba una guardia con relativa frecuencia, y porque al ser el muro con vista a la ciudad, sería más fácil que alguien los avistara y levantara alarma.

—¡El otro balcón! —dijo Alina.

—Tienes razón —le contestó.

No estaba directamente debajo de ellos, sino en ligera diagonal abierta.

Podemos llegar. Si nos apresuramos y no nos resbalamos, llegaremos.

Esa era mejor oportunidad que descender por la muralla.

Bajaron por una esquina, pegados a la pared. Primero ella, luego él. Se descolgaron unas dos varas de longitud cuando se escuchó el estruendo de las bisagras rompiéndose, y los gritos de sorpresa y horror al encontrar al duque en el suelo.

Alina se preguntó cuánto tiempo se tardarían en darse cuenta de su intento de escape. Algo era seguro, no tardarían mucho, pues la cuerda atada los delataría inmediatamente.

Arriba, un guardia grito:

—¡Capitán! ¡Allí están! Descienden por una cuerda.

Eso fue muy rápido.

—¡Corten la maldita cuerda! *¡Córtenla!*

9. LA BÚSQUEDA

HACE UNOS DÍAS…

Al salir del templo redondo lo primero que hizo fue ir a sus aposentos. Ni siquiera se preocupó por revisar si la seguían, porque lamentablemente los Devotos conocían ya su vivienda, cosa que lamentaba profundamente. Ella era una persona privada y celosa de su independencia.

Tenía muchísima hambre; al salir del calabozo le regresaron sus armas, su cinturón, su capa, pero el bolso con monedas estaba vacío. Cuando ella se percató miró al carcelero furiosa, pero él le regresó la mirada con una sonrisa burlona, retándola a decir algo.

Por lo menos me dieron mis armas, se dijo. Su espada era una de sus posesiones más valiosas.

Al llegar a su habitación encontró la puerta cerrada, pero sin cerrojo. Abrió la puerta y maldijo. Estaba todo tirado. Habían saqueado el lugar. El cuerpo se le puso ardiendo y la cara le cosquilleaba del furor que sentía al mirar a su alrededor, como si un torbellino hubiera destruido su alojamiento. Incluso los tres sillones estaban hechos jirones, los cojines despedazados. Tanto a la mesa grande como a la pequeña le rompieron las patas, buscando, suponía, algún escondite.

Incluso sacaron los códices de las estanterías, abriéndolos y buscando entre las páginas. Crujió los dientes al ver algunos de sus libros más preciados allí tirados como si fueran basura. Se tomó el tiempo para recogerlos y apilarlos, después los acomodaría.

Fue a la alacena. Abrieron o quebraron los jarrones, la sal por el suelo, frijoles y garbanzos regados. Además de eso no tenía mucha comida, solo algunas legumbres para hacer potaje, unas pocas nueces y carne seca. Se comió un pedazo de carne, suficiente para calmar su estómago.

Sus aposentos tenían dos habitaciones, la sala de estar y el cuarto donde dormía. Caminó allí casi segura de que el pequeño cofre con dinero que tenía en el segundo cajón del armario habría desaparecido, pero para su sorpresa, lo dejaron intacto.

Al parecer algunos Devotos sí tienen conciencia.

Habrían estado buscando ese maldito medallón. Era la primera vez que se metía en tantos problemas por un objeto que ni siquiera había robado; o mejor dicho, adquirido.

«Problemas» tampoco era la palabra correcta. Pitt estaba bajo tierra, Roamán preso y con la soga prácticamente al cuello, Josfat desaparecido. Para salvar al pelirrojo tenía que encontrar el medallón, y se le ocurría que probablemente Josfat era la persona indicada para ayudarle. Así que lo encontraría primero a él. Juntos idearían algún tipo de plan, porque a ella no se le ocurría por dónde empezar a buscar.

Tres días. Ese maldito capitán sabe perfectamente bien que tres días no es suficiente tiempo. Ni siquiera sé si el medallón está en la ciudad. Él tampoco ha de saberlo. Quizás va por barco a la isla del Dragón, o ha sido vendido en el mercado ilegal a algún noble.

Sus tripas rugieron. Se echó al bolsillo un talán de plata y varios ladís, se lavó la cara y las axilas con un pañuelo húmedo, se cambió de túnica, se ciñó la espada y la daga al cinto, se puso

la capa y salió rumbo a la taberna más cercana.

Tabernas había casi en cada esquina en ese sector de la ciudad, escogió una que no frecuentaba porque sabía que tenía un semblante de moribunda y no quería responder preguntas.

Todavía no era mediodía. Pidió un plato de lentejas, dos huevos con tocino y aguamiel. Al terminar, pues comió demasiado rápido, pidió otro plato de lentejas, y luego uno más.

Diosa Madre, pero qué hambre. Esos malditos hijos del Espectro me habrían dejado morir de hambre, de poder hacerlo.

Al terminar de comer, sintió que revivía, que la energía regresaba de nuevo a correr por sus venas.

Ahora a encontrar a Josfat.

Primeramente lo buscó en la guarida principal de la Cofradía del Pacto. Mientras que ella vivía en un edificio al norte de la ciudad, cerca de los tres torreones, la guarida de la Cofradía estaba hacia el este, a una media hora de distancia. No le sorprendió que nadie respondió cuando tocó con fuerza a la puerta, que estaba atrancada. Ella sabía que sus amigos ladrones tenían varias guaridas, pero ella solamente conocía esa. Josfat era también una persona que le gustaba mantener su privacidad y la de sus socios. Además, era mejor así, no era necesario que supieran demasiado de ella, y viceversa.

Continuó en las tabernas alrededor, sin éxito. Se detuvo a cenar en una posada cuando atardecía, antes de que sonara el gongo de la primera vigilia.

Quería continuar, pero estaba exhausta. Así que regresó a su habitación para dormir.

Al llegar, aseguró la puerta con cerrojo, candado y tranca, pero ver sus aposentos en ese estado la hacían sentir violentada. Aparentemente los Devotos no se robaron ninguna de sus cosas. Tendría que verificarlo después con más cuidado, pero a simple vista todo estaba allí, aunque en el suelo.

Entró a su habitación, se desabrochó la capa, talabarte y cinto, dejándolo todo en el suelo. Se quitó las botas y se lanzó a la cama.

Despertó al siguiente día al salir el sol. Estaba en exactamente la misma posición en la que se durmió, boca abajo y con la mano derecha cerca de su oreja.

Debe ser como mediodía, pero ya me siento mejor. Más descansada. Aunque podría dormir otro día entero, maldita sea.

Antes de salir se terminó de comer la poca carne seca que le quedaba. Bebió media taza de vino rebajado, se ciñó, y salió.

Concentró su búsqueda en el noroeste de la ciudad, alrededor del muelle, la fortaleza roja, la magna biblioteca y el templo mayor. Preguntó en tabernas, posadas y mercados, buscó a amigos y conocidos, pero nadie sabía el paradero de Josfat.

Por la tarde se sentía ansiosa, sabiendo que había desperdiciado ya un día y medio. Cuando llegó la noche entró a una taberna por el muelle, tomó asiento en la esquina más oscura que encontró, pidió aguardiente y algo de cenar, y luchó contra las lágrimas.

Rara vez lloraba. Pero el labio inferior le temblaba y no podía controlarlo, cosa que le llenaba de rabia.

Ella tenía muy pocos amigos. No quería perder a otro. Perder dos amigos en un mes era demasiado. Pensó en visitar a su querida amiga, siana Larani, pero se decidió en contra de ello porque no quería involucrarla. Los Devotos podrían enterarse y tomar eso como excusa para apresarla a ella también, incluso siendo una madre ungida. Sorne Adiram encontraría alguna excusa para llevarse a Larani a la mazmorra.

Si no voy a encontrar ese medallón, entonces intentaré liberar a Roamán.

De alguna manera tendría que rescatarlo o morir en el intento. No era capaz de dejarlo allí en el calabozo, y si los Devotos lo ahorcaban, ¿podría vivir ella con eso? Recordó su última conversación con el pelirrojo.

—Estaremos bien, Alina. Saldremos de esta.

—¿Lo crees?

—Sí, lo creo. Los Devotos son unos fanáticos fundamentalistas, pero tendrán que dar cuenta si nos matan. Todavía hay leyes.

Esta vez te equivocaste, Roamán, pensó. Debió él haberlo sabido. Xulde no era una ciudad de ley, excepto una: la del más fuerte. Quizás solo intentaba alentarla.

Dos amigos muertos por algo que no es mi culpa.

Una lágrima descendió por su mejilla. Molesta con ella misma, se limpió la lágrima y cerró fuerte ambos ojos, los músculos de su quijada contrayéndose.

Al abrirlos tenía a una persona sentada frente a ella. Alarmada se llevó la mano a la empuñadura.

—Escucho que me has estado buscando —le dijo Josfat.

Alina, sorprendida, sonrió por primera vez en días.

10. UN SALTO

HOY…

Al escuchar que cortarían la cuerda, Alina buscó dónde apoyar los pies y la mano izquierda, y al encontrar apoyo, soltó la cuerda por completo. Josfat hizo lo mismo, y justo a tiempo, pues la soga se vino abajo.

Tengo que llegar al otro balcón.

No estaba lejos. Siempre y cuando no se resbalara, llegaría pronto.

Miró hacia arriba, y vio que Josfat hacía exactamente lo mismo. Miró hacia abajo, y se arrepintió de hacerlo. Vaya que era una caída. Las posibilidades de sobrevivir eran nulas. Es más, su cuerpo quedaría completamente desfigurado, su cráneo hecho pulpa.

Alguien soltó un juramento. Una voz, probablemente la del capitán de la guardia, dijo:

—¡Se dirigen hacia el otro balcón! Ustedes dos, vayan allí. Korga, tráeme la ballesta.

—¡Sí, capitán!

Así que intentarían clavarles una flecha y mandarlos a reventarse las entrañas abajo, y de no lograrlo, impedirles el paso en el segundo piso.

Josfat se movió con sorprendente rapidez y, al estar directamente encima del balcón, se dejó caer y aterrizó de pie, como un maldito gato.

—Vamos, Alina —le dijo, tendiéndole la mano.

—Ya voy —le respondió entre dientes. La pierna derecha le temblaba involuntariamente. No estaba segura si por cansancio o por el temor de caer. Con la izquierda buscaba una grieta en la pared, pero sus dedos se le resbalaban.

Los ojos del líder de la banda de ladrones se abrieron grandes cuando echó un vistazo encima de ellos. No tenía que preguntarle la razón, pues ya la sabía. Se preparó para recibir el flechazo en la espalda. Sería dolor, grito, caída, *splat.*

La flecha, sin embargo, pasó zumbándole la frente y por encima del hombro de Josfat.

El ballestero maldijo. Montar el arma con una nueva flecha tomaría un poco de tiempo, a menos que tuvieran una segunda ballesta ya cargada o un arquero de relevo. Pero no fue así.

Alina encontró apoyo para la mano, luego el pie izquierdo, el derecho, la mano derecha, y pudo tomar la mano de Josfat. Dio un salto, sintiendo una punzada de miedo, pensando que si él no la sujetaba bien su rostro asustado sería lo último que vería en vida.

—¡Te tengo!

Josfat la ayudó a pasar sobre la balaustrada.

El mirador tenía los ventanales cerrados, pero los abrieron de dos patadas, antes de que la segunda flecha surcara al aire. El cuarto adentro estaba completamente oscuro y vacío. Era el gran salón ducal, con una mesa larga y sillas alrededor.

Con daga en mano avanzaron, esperando encontrarse con la puerta. Justo en ese momento giró la perilla de una puerta adelante de ellos que todavía no podían ver.

Tanto ella como él actuaron de inmediato. Corrieron y, cuando la puerta se abrió, vieron dos siluetas de guardias: el de la izquierda llevaba una daga en mano, el de la derecha una espada.

Alina se encargó del de la espada, metiéndole su daga por el cuello, hasta la empuñadura. Josfat tomó al otro por la muñeca, inmovilizándola para evitar que usara su arma, y le dio tres cuchillazos en el vientre. Los guardias vestían túnica gris, sin tiempo para ponerse cota de malla, mucho menos coraza. Los dos soldados cayeron al suelo, el segundo alcanzando a gritar de dolor antes de desplomarse. Alina tomó la espada de uno, Josfat la daga, empuñando ahora dos.

Las escaleras de caracol estaban a su izquierda. Al llegar a ellas escucharon a soldados descendiendo. Aprovechando el factor sorpresa, esperaron a que descendiera el primero y apenas lo vieron, le apuñalaron el estómago.

—¡Capitán! —exclamó el que venía detrás al ver a su líder siendo brutalmente emboscado, e intentó detener la caída de su superior, lo cual fue un error porque Alina le metió la punta de la espada por la boca. Los dos se fueron de espaldas, muertos.

Quedaban dos más, uno de ellos llevaba la ballesta, la cual apuntó pero al dar un paso, se tropezó con un cadáver y la flecha rebotó en la pared y le pegó a Alina en la mejilla con el asta, sin hacerle rasguño.

Antes de que ella pudiera matarlo, el guardia usó su ballesta como mazo, tomándola por sorpresa. La golpeó fuerte en el pecho, y la mandó cuatro escalones hacia atrás, por poco cayendo. Era turno de Josfat, y aunque el guardia le lanzó la ballesta en el rostro, el ladrón se cubrió con el antebrazo —gruñó de dolor— y antes de que su oponente desenvainara, le clavó la daga en el pecho. El cuarto, teniendo ahora tres cadáveres obstaculizando su paso, pues las escaleras eran angostas, blasfemó y dudó. Se quedó donde estaba y dijo:

—No saldrán de aquí. Es imposible.

—Ven a capturarnos, entonces —le respondió Josfat.

Iracundo, el soldado se abalanzó contra ellos, pasando encima de los cadáveres, pero no era tan fácil y el tobillo se le dobló al pisar mal. Alina lanzó la espada hacia delante y le hirió en la costilla, apenas un roce. El guardia contraatacó, pero eran dos contra uno en un espacio reducido, y se dio cuenta que no podría contra ellos porque balbuceó:

—Esperen, esperen, vamos a…

Josfat le rajó el rostro, rebanándole la nariz, y Alina terminó con él atravesándole el corazón.

—¿Cuántos más soldados habrá? —preguntó ella.

—Ni idea, me imagino que de diez a quince.

Gritos, abajo, subiendo la escalera.

No podrían descender, así que salieron por el pasillo del tercer piso que estaba todavía vacío. Corrieron hasta el otro extremo. La pared tenía ventanas ojivales con postigos de madera, algunos cerrados, otros abiertos. Los postigos se atrancaban con mecanismos sencillos de cierre, así que abrieron la última ventana y se asomaron.

Estaban en la esquina noreste de la torre, frente a ellos la capilla a la derecha, y el salón común a la izquierda, pero demasiado lejos. No era posible saltar hasta allí.

Su única esperanza era un árbol, pero estaba a unas dos varas de distancia, y además, era de tamaño mediano.

—Tendremos que saltar —dijo Josfat.

Al final del corredor escucharon las exclamaciones de sorpresa de los guardias al encontrarse con cuatro cadáveres, incluyendo su capitán.

Josfat tenía razón. Saltar o enfrentarse al resto de los guardias, que podían ser cuatro, ocho, o dieciséis. Imposible saberlo.

La ventana era estrecha, pero suficiente para salir por ella. Josfat se puso de cuclillas sobre el alféizar y saltó. Desapareció entre las hojas, y se escuchó un golpe seco, pero no gritó.

Por lo menos no se ha matado.

Alina se aupó sobre el alféizar y lanzó una mirada a su izquierda, alcanzando a ver que un par de guardias se aproximaban, pero caminaban trepidantes, esperando ser atacados en cualquier momento, por lo que no la vieron.

Saltó.

11. EL MAPA

AYER…

Aunque era Josfat quien tenía enfrente, parecía ser una persona diferente.

Más delgado, su cara afilada, sombría, ojerosa, como de uno que acaba de librar una larga enfermedad.

—Diosa Madre, Josfat, por la santa unción, te he estado buscando.

—Lo sé —respondió asintiendo, la mirada intensa.

—¿Estás bien?

—No del todo. Han sido unos días…

—Lo sé. Escuché sobre Pitt. Lo siento mucho.

Entre dientes, dijo:

—Lo dejaron tirado, como perro muerto, desangrándose. Cuando regresé ya se lo habían llevado. Los bastardos debieron lanzarlo a alguna fosa común. Pitt no merecía eso.

A Alina le ardían los ojos por las lágrimas. Definitivamente no merecía eso. ¿Cuántas personas, sin embargo, morían de esa manera? ¿Cuántos soldados caídos, sus cuerpos comidos por los cuervos y los animales salvajes? Se preguntaba si ese era su destino, morir en algún callejón, acuchillada, desangrándose y completamente sola, preguntándose si había valido la pena, pensando en su padre y su hermano, en la tragedia de no volverlos a ver, hasta que su alma dejara su cuerpo para que los perros y las ratas lamieran sus heridas.

¿Y después de eso, qué? ¿Los cielos eternos? ¿La condenación, donde purgaría sus maldades?

—Lo siento, Josfat —repitió, tomando sus manos en la suya por un momento.

—Vengaremos su sangre —dijo el líder de los ladrones.

—Lo haremos. Lo prometo, por la Madre que sí.

—¿Roamán?

Alina exhaló, en ese momento sintiéndose muy cansada. Quería poder darle una buena noticia, pero no había buena noticia qué dar.

—Nos capturaron y nos encerraron en la mazmorra.

—Eso escuché. Pero ¿está vivo?

—Creo que sí. Cuando nos apartaron, lo estaba. Muy aporreado, pero vivo. Ya sabes cómo es. Un luchador.

—Lo es. Pero entonces ¿sigue preso?

Alina, de la manera más sucinta posible, le contó a Josfat lo sucedido en la mazmorra. Cuando llegó al final, al líder de la Cofradía del Pacto le temblaba la cara de la ira.

Lanzó unos juramentos y agregó:

—Por la Diosa que destriparé a ese Devoto.

—Antes de dejarme salir, Adiram dijo que al amanecer del tercer día estaría en las ruinas al

norte de los tres torreones, esperándome con el medallón. Si no le daba el medallón, ahorcaría a Roamán.

—Santa unción.

—A como veo las cosas, tenemos dos opciones. Tratamos de sacar a Roamán del templo, o buscamos el medallón. Pero el tiempo es poco.

—Sacarlo del templo será complicado. Los Devotos saben que existe la posibilidad de un intento de rescate, y han redoblado la guardia. Si entramos a ese lugar, nunca saldremos de allí.

—¿Qué podemos hacer? ¿Algún recurso legal?

—No. El tiempo no da para ello. Tenemos que encontrar el medallón.

—¿Cómo? No tenemos idea de dónde está o quién lo tiene.

Josfat esbozó una sonrisa cansada.

Alina se inclinó hacia él:

—¿Sabes dónde está?

—Es lo que me puse a averiguar estos días. He tenido que cobrar todos los favores, pero finalmente llegué con alguien que tenía información.

Alina por instinto inspeccionó la taberna, asegurándose de que nadie escuchara su conversación.

—Soy toda oídos.

—Conoces a Huan el-Itán.

—Conozco sobre él. Fue soldado de élite.

—Así es. Ahora tiene un grupo de mercenarios que, en general, se dedican a escoltar personas ricas u objetos peligrosos, invaluables, secretos.

—Como el medallón.

—Como el medallón, efectivamente. Al parecer, alguien estuvo buscando un escuadrón de espadas a sueldo para una misión secreta. Contactaron a Huan para ello, pero al final declinó la encomienda porque no le gustaron algunos de los términos de pago. Sin embargo, le ganó la curiosidad y se puso investigar. ¿Sabes lo que encontró?

—Me lo imagino. El medallón es una reliquia. De lo contrario los Devotos lo darían por perdido, o no se interesarían demasiado en recuperarlo.

—El medallón es una reliquia, sí. Una reliquia que antiguamente estuvo en las manos de una casa poderosa de la ciudad, hasta que los Devotos la confiscaron hace medio siglo.

—¿Cuál casa? —dijo Alina, ansiosa.

—La casa Obdane.

La mercenaria arqueó las cejas. Se quedó en silencio por un momento. Frunció el ceño.

—¿El duque?

—Ni más ni menos.

—¿Estás diciendo que el duque de Xulde robó el medallón de los Devotos?

—Es exactamente lo que estoy diciendo.

—¿Dorne Obdane, duque de Xulde?

—Lo mismo pensé yo. Increíble. Sin embargo, también tiene lógica. Los Devotos nunca han tenido buena relación con la casa Obdane, y ahora sabemos por qué.

—Sin embargo, ese medallón podría estar en cualquier lugar. Podría estar en una caja fuerte o en un banco al otro lado del reino.

—El duque lo tiene. Literalmente lo tiene alrededor de su cuello.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Porque un testigo ocular lo vio.

—¿Vio el medallón en el cuello del duque? ¿Cómo lo vio? Imagino lo lleva dentro de sus ropas, no lo traerá por fuera pues ya le habría caído encima toda la Orden.

—Pues resulta que conozco bastante bien a una de las sirvientas del duque. Su nombre es Kailil. Es hermosa. *Hermosa.* Y la conozco bien. *Muy bien.*

—Te entiendo, Josfat —dijo, apunto de rodarle los ojos.

—Pues ella es una de las encargadas del baño caliente de Dorne Obdane. Y me dijo que los últimos días, cuando entra en la bañera, el duque trae puesto un medallón de oro. Uno que jamás había traído puesto antes.

—Tiene que ser nuestro medallón.

—Indudablemente. Todo coincide.

Sí, tiene que ser, pensó; y dijo:

—Entonces significa que tenemos que robar el medallón hoy por la noche o mañana en la mañana. —Su corazón se aceleró. El pánico quería invadirla de nuevo, así que respiro hondo para tranquilizarse—. ¿Como haremos eso?

Josfat sacó de sus túnicas un pedazo de tela cuadrado, el cual desdobló en la mesa. Era un mapa.

—Este es el mapa del castillo de Xulde. Esto es lo que haremos, Alina. Entraremos hoy al castillo, después a la torre, y robaremos ese maldito medallón.

12. EL PRESENTE

AYER…

Examinaron el mapa por una hora, discutiendo cuál sería la mejor manera de infiltrarse. Ambos conocían bien las murallas externas, pues el castillo era magnífico y prominente en la ciudad. No solamente eso, sino que Alina vivía cerca.

Tendrían que ingresar por una de las murallas. La del este era una opción, porque la torre del homenaje estaba junto a ella, y además había dos posibles accesos: un balcón en el tercer piso, y uno en el cuarto, que era precisamente la habitación del duque. Sin embargo, se decidieron en contra porque en la base de la muralla había un cuartel de soldados, y porque corrían el gran riesgo de que alguien los viera escalándola, pues esa muralla daba a la ciudad.

La muralla del sur no era opción. Ese era el acceso principal y estaría resguardado. La muralla norte la consideraron, pero el descenso hacia dentro del recinto sería más complicado, sobre todo porque de ese lado estaba el gran salón común y la capilla, y por lo tanto habría menos escaleras de descenso. Por lo tanto, aunque la muralla oeste era la más difícil de subir, porque tendrían primero que escalar el acantilado, era la mejor opción.

—Pudiéramos intentar hacer una escalada libre —dijo Josfat.

—No deberíamos arriesgarnos. Mejor ir preparados y, si no necesitamos el equipo, nos deshacemos de él.

Alina había hecho escalada libre muchas veces, pero mayormente en casas de dos o a lo mucho tres pisos, y un par de veces ingresó a una torre de esa manera. Pero estaban hablando de la muralla oeste del castillo, que era significativamente alta. Y puesto que nunca había intentado subirla, era difícil saber lo sencillo o difícil que sería. No tenían tiempo para ir de día y examinarla bien, o planear una ruta cuidadosamente. Los tres días que les dio el capitán Devoto se acababan mañana a atardecer.

—De acuerdo —dijo él.

—Sobre todo si empieza a ventear, necesitaremos estar bien sujetos.

—No ha corrido aire por tres días, así que espero que eso siga igual.

—Tampoco ha llovido, pero no me gustan las nubes grises que se acercan.

—Las vi. No parecen de tormenta.

—No, de llovizna —dijo Alina—. Pero de todas maneras la roca se pondrá resbaladiza.

—Sí.

—Ahora tenemos que conseguir las cosas para subir. Cuerdas, clavos, todo eso.

—Fácil. Conozco a alguien.

—Yo también, pero lejos de aquí.

—Vayamos con mi persona. No está ni a un cuarto de hora, y lo mejor, está de camino al castillo. Además, nos atenderá aunque sea noche y no hará preguntas.

—Justo lo que necesitamos.

—¿Armas? Mi sugerencia es que vayamos solo con daga.

—Sí, mejor. Para subir ligeros.

—Bien…, bien…, ¿qué más?

Alina se lamió los labios, pensativa. Miró a Josfat. Aunque no eran muy cercanos, lo consideraba ya un amigo, aunque se conocían de poco tiempo.

—Solo queda ir a por ese medallón —dijo ella.

—¿Estás lista?

Se encogió de hombros:

—Tan lista como podría estar.

—::—

Hoy…

El árbol se acercó a ella a gran velocidad. Alina desapareció entre el follaje, golpeándose con una rama en el brazo derecho y después fuerte en el estómago, dejándola sin aire.

Había caído encima de una rama gruesa.

Sin romperse ningún hueso. Por lo menos, pensaba que no.

—Alina, ¿estás bien? —susurró Josfat.

No respondió. No podía respirar. Finalmente, inhaló una bocanada de aire, y a punto estuvo de que le diera un ataque de tos, pero logró controlarse.

—Estoy bien.

—Acá, abajo. ¿Puedes descender?

No tengo pensado quedarme aquí.

Bajar el árbol fue infinitamente más sencillo que saltar desde la ventana. Usando el tronco como escondite, echaron un vistazo a su alrededor. Nadie cerca. Corrieron en línea recta y se ocultaron detrás de un carretón de dos ruedas, lleno de fierros oxidados.

Esa posición les daba clara visibilidad del patio entero. Desde allí vieron la conmoción que sucedía en la entrada a la torre del homenaje. No solo eso, sino también se oían gritos de los soldados adentro.

Afuera de la puerta de entrada a la torre, cuatro soldados permanecían de pie, uno de ellos, furioso, gritaba blasfemias:

—Tienen que estar allí adentro. ¡Busquen bien! ¡Encuéntrenlos, y los traen aquí vivos! ¡Los mataré yo mismo, por la Diosa que sí!

—Parece que la mayoría de los guardias están dentro de la torre —le dijo Josfat al oído.

—Eso parece.

—Mira: ¡la puerta de entrada está abierta! La dejaron abierta.

Era cierto. El rastrillo estaba elevado media vara de altura, y aunque el portón grande permanecía cerrado, la puertecilla lateral estaba abierta, sin duda para dar acceso a los guardias de la garita que, al escuchar la conmoción, entraron.

No era posible saber si algún soldado se quedó de guardia. Pero si tuviera que apostar, ella pensaba que abandonaron la garita. Algo como esto, tan inesperado, causaba errores de seguridad.

—Salgamos por ella —dijo Alina.

—¿Salimos por ella?

—Sí, es nuestra mejor oportunidad.

—Ahora o nunca.

—¡Ahora o nunca!

Corrieron encorvados hacia el pozo, escondiéndose. Los soldados estaban tan concentrados en la torre que no miraron en su dirección. Estaban seguros que los intrusos seguían adentro, ocultos en algún lugar. La torre era grande, y registrarla tomaría tiempo.

Del pozo salieron disparados al establo, que tenía una teja que ensombrecía su paso.

Con el corazón rompiéndole las costillas, corrió hacia la entrada, con Josfat junto a ella, esperando en cualquier momento escuchar el grito de alarma de alguno de los soldados. Si eso sucedía, tendrían más de una docena de guardias persiguiéndolos.

Nadie dio alarma. Cruzaron la puertecilla, y la garita…, ¡vacía! Ni un soldado.

Cruzaron el puente de piedra, delante de ellos la ciudad, la salida. En eso:

—¡Hey! ¡Hey! ¡Alto en nombre del duque!

El soldado estaba a su izquierda, como a un tiro de piedra. ¿Qué demonios hacía allí un soldado, solitario?

Estaba lejos como para silenciarlo. Perderían el poco tiempo de ventaja.

Así que se echaron a correr como si los persiguiera el Espectro mismo.

13. LA PUERTA

AL DESAPARECER POR un callejón, alcanzaron a ver a los guardias saliendo del castillo para darles alcance.

Corrieron sin parar por un rato, dando vueltas estratégicas en calles angostas que Alina conocía bien, pues estaban en sus barrios.

Cuando ya no oían a los guardias cerca, se detuvieron para recuperar el aliento.

—Nos buscarán por toda la ciudad —dijo Alina—. Cuando amanezca, las puertas de las murallas estarán fuertemente resguardadas.

—Tenemos que salir de la ciudad hoy.

—Sí, mejor. Encontraremos dónde escondernos, afuera.

—Las dos salidas más cercanas son los tres torreones o la puerta del estanque —dijo, la última siendo la puerta norte.

—Mejor la del estanque. Es más grande y ha estado menos vigilada últimamente. En los tres torreones siempre hay soldados.

La vigilancia en las puertas de la ciudad se había relajado en los últimos años. En total eran cuatro puertas principales y grandes, la del norte, la del este, y dos al sur. Además de otras más pequeñas, pero que con frecuencia permanecían cerradas. En teoría, toda persona que entraba o salía de la ciudad debía pasar una revisión. Pero desde años que las revisiones eran nulas o esporádicas. A los ciudadanos eso les daba una falsa noción de seguridad, pensando que si la vigilancia se había aflojado era porque el crimen disminuía.

Alina sabía que no era así. La delincuencia crecía cada vez más, y las bandas criminales aprovechaban para entrar y salir por la ciudad sin que nadie les hiciera alto.

Hoy, sin embargo, les sería de ventaja.

—Es cierto, vayamos antes de que decidan cerrarla —dijo Josfat.

Alina se sentía cada vez más cansada. Sería todavía la primera vigilia de la noche, pero toda la misión resultó ser más difícil de lo que imaginó. Escalar la muralla, enfrentarse al duque, y tener que escapar del castillo.

Era un milagro que no estaban presos. De hecho, era un milagro que siguiera con vida, a juzgar por lo sucedido las últimas semanas.

—Necesitamos armas —dijo Josfat—. No podemos seguir así, solamente con dagas.

—Vayamos por ellas —sugirió Alina. Las dejaron encargadas en el lugar donde adquirieron la soga y clavos.

Josfat hizo una mueca:

—Perderemos tiempo. Podrían cerrarnos la puerta.

A Alina no le gustaba la idea de andar sin su espada, y mucho menos si batallarían para regresar a la ciudad. Estaba segura que, los próximos días, toda la seguridad de la ciudad se vería reforzada con tal de encontrarlos. Probablemente no podrían entrar sino en barquilla, por la playa, una noche oscura.

—Vayamos a Iurten —dijo Josfat. Era un pueblo cercano.

—No traemos ni un solo talán encima.

—Tomaremos prestadas un par de espadas.

—Prestadas, ¿eh?

—¿Se te ocurre una mejor idea?

Alina apretó los labios:

—No.

—A mí tampoco.

Cuando llegaron cerca de la puerta del estanque, se detuvieron al ver dos soldados apostados allí.

—Maldita sea —murmuró Alina al ver a los cascos azules—. Tendremos que pasarlos.

Era una casualidad que estuvieran allí, pues no estaban ni en alerta. Uno de ellos se había sentado en un banquillo, recostado en la muralla, y el otro, de pie y con una lanza en la mano izquierda, parecía dormitar.

—Si no hacemos ruido —dijo Josfat—, quizás sí podamos pasarlos.

La entrada en forma de arco era grande, y los soldados estaban del lado izquierdo. En ese momento, el de la lanza decidió hacer rondín, caminando en círculo delante de la puerta, posiblemente para despertarse más que para vigilar.

—*Forjat shejata* —maldijo Alina.

—Salgamos confiados. No traemos nada sospechoso, excepto el medallón, y no sabrán que lo hemos robado.

—Hagámoslo.

Salir de la ciudad no estaba prohibido. Solo esperaba que a los soldados no se les hiciera extraño que ambos salieran de la ciudad a esa hora de la noche, sin ningún tipo de provisión. En otras palabras, tenían finta de ser ladrones o personas tratando de huir.

Al final, era como lanzar una moneda.

—Déjame hablar a mí —le dijo Alina.

Caminaron hacia los soldados, ella con una sonrisa en el rostro, esa que desorientaba a los hombres. El de la lanza al principio no los vio hasta que estaban a unos diez pasos. Se puso en alerta.

—Buenas noches, mi señor cabo —le dijo Alina—. Solo vamos de salida, si no es problema.

—No es ningún problema —dijo el guardia en voz alta y mirando a su compañero que, al escuchar la conversación, despertó y se puso de pie.

—Perfecto —dijo ella, caminando hacia la salida.

Parece que será sencillo.

—¿Y adónde van tan de noche? —dijo el recién despertado, que se colocó junto a su compañero con la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada, mirando con curiosidad las dagas que ambos llevaban al cinto. Era un hombre cachetón y con cejas pobladas, negras.

Por la unción. Nada parece salir bien hoy.

—Vamos de camino a Sailán —mintió—, mi primo y yo.

—¿A esta hora? —insistió, entrecerrando levemente los ojos.

—Queremos ganarle al sol. Quedamos de llegar al amanecer. Iremos a ver a unos amigos nuestros.

—¿Tomarán el camino del bosque, o el de la costa?

—El de la costa —dijo ella—. Más rápido.

—¿Sus nombres?

—Yo soy Alia Zurteno. Él es Ioro.

—¿Y él habla también, o es mudo?

—También hablo, mi señor cabo —respondió Josfat, con una sonrisa amigable.

—¿Van a andar por la vereda así nada más? ¿Sin capa, sin alforja, sin espada? Andan con ropa de verano, pero húmeda.

—Hemos hecho el viaje muchas veces, oficial. Confiamos en la misericordia de la Madre —dijo Josfat—. Si nos cae un poco de agua, no será problema.

—¿Algo que declarar?

—Nada. —A Alina le pareció escuchar a lo lejos vociferaciones. Sus perseguidores, sin duda.

—¿Entonces no tienen problema si hacemos una rápida revisión, para dejarlos pasar?

—¿Una revisión? —dijo Josfat.

—Sí. ¿Algún problema?

—Ninguno, oficial —dijo Alina—. Adelante.

El guardia preguntón revisó primero a Josfat, con mucha minuciosidad, palpando debajo de sus axilas, el pecho, la espalda, y para sorpresa de ella, incluso entre las piernas. El otro soldado miraba todo con atención, lanza en mano, y parecía estar un poco nervioso.

Cuando tocó el turno de inspeccionar a Alina, pudo oler el alcohol.

Por la Diosa. Un guardia medio borracho.

El guardia ocultaba bien su ebriedad, porque no lo notó en su manera de hablar.

—Con mil disculpas, señorita, tendré que inspeccionarla.

Josfat, por puro instinto, reposó su palma en el pomo de la daga, e inmediatamente ambos guardias se pusieron tensos.

—Oye, levanta las manos —le dijo el lancero repentinamente acercando la punta filosa al pecho del líder de la Cofradía.

—Tranquilos, señores, aquí no pasa nada —dijo Josfat alzando ambas manos.

—¿Quieres que te pique, o qué? —le dijo el de la lanza, que tenía la cara roja y el semblante molesto.

—No, no quiero nada de eso —le respondió Josfat, completamente tranquilo.

—No le voy a hacer nada a tu primita, mi amigo —dijo el de la barba—. Solo una inspección rutinaria. ¿Por qué te pones así? Con esta belleza, me imagino que hasta tú le haces inspecciones rutinarias, ¿no?

Josfat no respondió.

Alina estaba segura que tendría que soportar un manoseo. Sin embargo y para su sorpresa, el soldado pareció pensarlo mejor y le revisó las axilas, la espalda, el vientre, pasó el dorso de las manos por su muslo, y finalmente palpó su cinto.

—¿Aquí que hay?

—No es nada, un artículo personal.

—Te pregunté si tenías algo que declarar —dijo, tensión en su voz—. Si traes algo allí, eso es algo qué declarar.

—No pensé que…

—Muéstralo.

Alina sacó el medallón y se lo enseñó al guardia, la palma de la mano izquierda extendida.

—¿Y eso qué es?

—Un medallón.

—No me digas.

—Un regalo de mi padre.

—¿Ah, si? Un regalo.

—Un regalito.

—Pues parece caro. ¿Es de oro?

—Así es, mi señor.

—¿Y cómo sé que no te lo has robado? No lo traes al cuello. Lo llevas oculto. ¿Cómo sabemos que no son unos malditos ladroncillos, huyendo con eso?

—De ninguna manera, señor cabo. Si gusta, podemos regresar hasta nuestros aposentos, donde podrá conversar con mi padre. Estoy seguro que él le comprobará la procedencia de este medallón.

—Para eso no hay tiempo, niña. Este me lo tendré que quedar, y cuando regresen a la ciudad van al cuartel. Allí lo recogen, siempre y cuando prueben que es de ustedes.

—Con todo gusto, mi señor, tómelo y…

14. LA HUIDA

ALINA SACÓ LA daga y le cortó la garganta con movimiento rápido diagonal.

El hombre abrió los ojos, desorbitados del terror. Se llevó las manos a la garganta de donde salía sangre a borbotones.

Su compañero, estremecido, dio un paso hacia atrás debido a la sorpresa, mirando incrédulo a la mujer que acababa de matar a su compañero. La distracción le salió cara, pues Josfat le introdujo el acero de su daga por la axila, donde la coraza no lo protegía. Intentó contraatacar con la lanza, pero eran dos contra uno; Alina se abalanzó contra él, y entre los dos lo acuchillaron.

Las voces cada vez más cerca, los pasos hacían eco en la noche. Para su horror, escucharon también el repiquetear de los cascos de un caballo.

—¡En marcha! —dijo Alina. Cruzaron el puente a zancadas. Delante de ellos, el camino empedrado hacia el norte en medio de una llanura. Si corrían, podrían esconderse en los árboles a su derecha, pero no estaban inmediatamente cerca.

Llevaban unos cincuenta pasos largos cuando por el puente salió un soldado cabalgando. Al verlos, avanzó en su dirección. Llevaba lanza en mano y espada al cinto.

Josfat maldijo al verlo.

No llegaremos al bosque, pensó Alina. *Nos alcanzará.*

Mejor enfrentarlo y deshacerse de él antes de que se uniera el resto de sus perseguidores, seguramente alguno con arco.

Alina y Josfat se separaron y encararon al jinete, el cual levantó la lanza por encima de la cabeza y la arrojó.

Tenía una puntería impresionante. Incluso a la distancia y cabalgando, por pura providencia de la Diosa, Alina se hizo a un lado a tiempo. De no hacerlo habría quedado clavada en el suelo con el asta protuberante de su pecho.

El cabalgador desenvainó, una espada larga, y atacó primero a Josfat, que tenía más cerca. El soldado traía puesta cota de maya, pero nada más, ninguna otra armadura. Había salido apresurado, como el resto de los soldados.

Alina acometió con su daga, buscando apuñalarle el costado, pero el jinete le echó encima el caballo que a nada estuvo de arroyarla. Volviendo en grupas, se fue contra Josfat, un par de mandobles que el líder de los ladrones detuvo a duras penas.

Por el puente salieron cuatro guardias y se dirigieron hacia la refriega.

Estos malditos hijos del demonio no nos van a capturar, nos van a matar aquí mismo.

Detuvo un espadazo vertical descendente y, en ese momento, Josfat acuchilló la pantorrilla izquierda del soldado. El caballo, asustado por el grito de su montador y porque el filo de la daga alcanzó a herirlo también, se encabritó con violencia.

El soldado se agarró fuerte de las riendas y se enganchó en la silla para no caer, pero Alina lo tomó por la espalda y lo jaló lo más fuerte que pudo. El soldado, al caer, perdió la espada. Alcanzó a ponerse a gatas y habría recuperado su arma de no ser por la mercenaria que le clavó

la daga en el cuello.

—¡Toma la espada y vámonos! —gritó Josfat. Los soldados estaban un tiro de piedra y maldecían, sus armas listas.

Por un momento ella consideró montar el caballo, pero éste decidió huir. Así que tomó la espada y corrió hacia el bosque, pisándole los talones a Josfat.

Una flecha le pasó cerca, y escuchó el zumbar de una segunda justo cuando se adentró en la arboleda.

—Vengo detrás de ti —le dijo a Josfat para que no se detuviera.

Los soldados no los persiguieron. No quisieron arriesgarse a terminar como sus compañeros, en especial en el bosque oscuro donde podrían fácilmente ser tomados por sorpresa.

—::—

—Diosa Madre, se me va a salir el corazón —dijo Josfat, jadeando, cuando se detuvieron a recuperar el aliento.

Alina no podía hablar. Respiraba hondo y le dolía el costado por el esfuerzo. Se tiró al suelo para descansar, y Josfat se recostó con la espalda en el tronco de un árbol.

—Diosa, estuvo cerca —volvió a decir Josfat. Se le escuchaba la sonrisa en la voz—. Nos salvamos.

—Nos salvamos —dijo Alina.

—Ese jinete por poco me corta la cabeza.

—A mí también.

—¿Estás bien?

—Estoy viva todavía.

Ambos hicieron la señal de la invocación, besando el dedo índice y anular de la mano derecha y tocando con los mismos dedos el pecho a la altura del corazón.

Alina cerró los ojos. Ambos se quedaron allí, descansando. Pasó una hora, y se habría quedado dormida de no ser por la voz de Josfat.

—Podemos descansar un poco más, pero después hay que ir a encontrarnos con Adiram.

Quiero dormir. Quiero dormir por una semana entera.

—Está bien. Estoy lista.

—¿Tienes el medallón?

—¡Por supuesto que lo tengo!

—Solo pregunto.

—Y yo solo respondo. No lo he perdido. —Se sentía malhumorada. Por el cansancio, quería pensar.

Las ruinas al norte de los tres torreones estaban a una legua de camino, a las afueras del bosque. Nadie sabía con certeza el origen de las ruinas, excepto que estaban allí desde antes de la fundación de Xulde. De acuerdo a algunos poetas escribientes, había sido un pueblo relativamente pequeño, de unos quinientos a mil habitantes; interesantemente, aun siendo un pueblo no muy grande, en el centro se erguía una torre ya derrumbada, de unos cuatro pisos, que habría servido de templo. Le llamaban la «torre de Kalm». En los años pasados algunos ciudadanos de Xulde iban allí para adorar a los antiguos dioses, pero esa costumbre desapareció cuando los Devotos restringieron el acceso al lugar, declarándolo sacrílego. Hoy en día, las ruinas estaban en olvido.

Alina se puso de pie. Se tronó los huesos de la espalda y cuello. Tenía la espada del jinete

caído, pero sin la funda. Era una buena espada. En su cinto tenía un anillo metálico, como para colgar allí un martillo. El aro era suficientemente ancho para que pasara la hoja y se quedara sujeta por la empuñadura.

—No te vayas a cortar —le dijo Josfat.

—En Iurten podría conseguir una vaina. Pero no hay tiempo.

—No. Vamos directo. Si es la voluntad de la Madre, tu espada y mi daga será suficiente.

Algo le decía a Alina que, si iban a lidiar con el capitán de los Devotos, necesitaban más que eso.

15. EL ENCUENTRO

LLEGARON A LAS ruinas por la vía del bosque, inspeccionando el lugar desde lejos, escondidos tras el follaje.

—¿Ves a alguien? —preguntó Josfat.

—A nadie.

Estaba apunto de amanecer, así que era difícil ver bien. Reinaba todavía esa oscuridad que precede el crepúsculo. Además, las ruinas, que consistían en algunas casas pequeñas sin techo, paredes semidestruidas y la torre en medio, proveían muchos lugares para esconderse.

—¿Vamos, o esperamos? —dijo el líder de la cofradía.

—Esperemos un poco. No quisiera llegar y que nos embosquen.

—Los malditos son capaces de intentarlo.

—Definitivamente. No confío en lo más mínimo en ese Devoto.

Esa era su preocupación principal. Que teniendo el medallón, el capitán de la Orden intentara quitárselos por la fuerza o con violencia, y de esa manera se deshacía de varios problemas. Primero, el problema de haber perdido el medallón en primer lugar. Segundo, el problema que era la mercenaria y sus compañeros. Después de todo, ya habían matado a uno de ellos.

Tan solo pensar en Pitt le hizo crujir los dientes.

—¡Allá! —apuntó Alina.

Hacia las ruinas cabalgaban en fila cuatro jinetes, seguidos de un carromato jalado por un par de caballos y con un quinto hombre tras las riendas.

—Son ellos —afirmó Josfat.

Desaparecieron dentro de las ruinas.

—Por lo menos no intentan tomarnos por sorpresa.

—Mejor no darles la oportunidad.

Caminaron apresuradamente hacia la ruinas, con sigilo no ser vistos. Llegaron al extremo del pueblo y anduvieron hacia la torre. Se asomaron desde atrás de una pared, y vieron a Sorne Adiram desmontando junto a los suyos.

—¿Cree que venga, capitán? —preguntó uno de los soldados.

—Ya veremos, sargento. Si no lo hace, les dejaremos de regalo la cabeza del cautivo.

Alina reconoció a los hombres. Era la guardia personal del capitán, sus soldados más allegados. Eran los mismos que la capturaron. Solo que ninguno de ellos vestía el uniforme de la santa devoción. Más bien iban en túnicas largas y grises. Todos, por supuesto, armados, aunque no con lanzas, solamente las espadas al cinto. Ninguno con arco, quizás para darle confianza de acercarse.

No vienen uniformados porque han salido de incógnito. Tienen miedo de que el duque y sus soldados anden tras su pista. No dudo que el duque los tenga vigilados, también.

—¿Cuál es el plan? —susurró Josfat.

—Me espera a mí. Saldré primero, y cuando te dé la indicación, sales. Que sepan que no

vengo sola. Pediremos que nos prueben que Roamán está vivo, y que camine hacia ti. Les doy el medallón, y nos largamos.

—Si tan solo fuera tan fácil.

—Esperemos que lo sea y que no intente algo, porque estamos en seria desventaja. No les daré el medallón hasta que Roamán esté a salvo.

—Bien.

—¿Te parece bien?

—Sí. Hagámoslo.

Aquí vamos, pensó.

Salió de su escondite y caminó hacia ellos. Al principio no la notaron, pero a unos treinta pasos de ellos gritó:

—¡Hey!

Todos la miraron. Adiram, sorprendido, dijo:

—Vaya, pero miren nada más. ¡La mercenaria! Digo, perdón, ¡la comerciante!

—En persona.

El capitán sacudió la cabeza:

—Cada vez me sorprendes más. Sinceramente, tenía mis dudas. El sargento Guajar y yo estábamos a punto de apostar.

—Pues aquí me tienes, capitán.

Sorne Adiram puso el puño izquierdo sobre su cadera, y con la palma derecha le hizo ademán de acercarse:

—No mordemos. Podremos parecer lobos, pero somos inofensivos.

Sus hombres se rieron.

—Creo que esta distancia es perfecta para mí —dijo ella—. Quiero ver a Roamán.

—Al ladrón lo tenemos ahí adentro guardadito —dijo apuntando con el pulgar—. Vivo, como acordamos. Si quieres verlo, enséñame lo que busco.

—No sin antes ver a Roamán. Si no lo haces, me largo.

—Si te largas, mato a tu amigo. Le abriré primero el vientre, le sacaré las tripas lentamente y, cuando esté terminando de agonizar, lo decapitaré.

—Y tú te quedarás sin el medallón.

—Eso depende si lo tienes.

—Nunca lo sabrás, entonces. —Hizo como que se iba, esperando que el farol funcionara.

—Hey, tranquila, tranquila. No te vayas tan rápido. Por la unción, eres una mujer valiente. Sobre todo de venir solita.

—No vengo sola.

Detrás de ella apareció Josfat:

—Saludos, capitán —dijo levantando la mano.

—¡Por la Diosa Madre! ¡El ladrón que me faltaba! ¡Qué hermosa reunión!

—Me quedé con tantas ganas de saludarte desde la última vez, que decidí venir a ver de nuevo tu hermoso rostro —dijo Josfat.

—¿De veras? ¿Te quedaste con ganas de más? Pensé que después de la despedida que le di a tu amigo, a ese viejo perro sarnoso, a ese jorobado de estiércol, habrías quedado sin ganas de verme.

—Pues te equivocaste, capitán.

Hubo un momento de silencio. El sargento Guajar dio un paso hacia ellos.

—Solo para dejarlo en claro —dijo Alina con voz firme—, si cualquiera de los tuyos se

acerca un paso más, nos largamos.

El capitán puso la mano sobre el hombro de su sargento, señal de que se mantuviera quieto. Luego miró a sus hombres, y finalmente al jinete que montaba sobre el pescante de la carroza. A este le dijo:

—Sácalo.

—Sí, mi capitán —respondió el monje guerrero. Momentos después abría la puerta metálica y reforzada de la caja.

—¡Bájate, perro!

Se le detuvo el corazón al ver a Roamán. Iba con una venda sobre los ojos y todavía tenía las marcas de la golpiza. Se bajó por su propio pie, pero tambaleándose, como ebrio. Le quitaron la venda. Aún tenía el ojo izquierdo cerrado, con la mancha del cardenal alrededor, pero sin sangre en la cara, y llevaba puesta una túnica sencilla gris relativamente limpia. Se veía más delgado. Cuando los vio, sus cejas se arquearon, pero no sonrió. Parecía estar demasiado cansado para hacerlo.

Lo han sedado, se dijo Alina. *¡Pero está vivo!*

—¡Helo allí! —vociferó Adiram.

16. EL INTERCAMBIO

—ROAMÁN, ¿ESTÁS BIEN? —le gritó Josfat. El pelirrojo no respondió. Abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

—No te preocupes, está bien. Lo hemos tratado de maravilla. Solo está medio desorientado, por el viaje —dijo el capitán Devoto, sus hombres sonriendo—. Tu turno, Alina. Enséñame el medallón.

Ella vaciló por un momento.

No tiene caso demorar esto, pensó, y sacó el medallón, levantándolo en alto.

—Uno de mis hombres tendrá que verificar que es lo que buscamos, y no una falsificación.

—Está bien, manda a uno.

El capitán le hizo señal con la cabeza a su sargento, y Guajar caminó hacia ella.

—Hasta allí está bien —le dijo Alina cuando estaba a tres pasos. Extendió el medallón hacia el sargento, para que lo viera. Guajar se inclinó y entornó los ojos. Luego, irguiéndose:

—Sí es, mi capitán.

—¿Es el medallón?

—Es el medallón.

—¿No es una copia?

—No lo creo, capitán. No parece serlo.

—Más vale que no lo sea, mercenaria.

—Es el original —afirmó Alina. Quería decirle: «Y no soy una mercenaria», pero ya qué importaba.

—Entonces dáselo a mi sargento —dijo el capitán de los Devotos.

—De ninguna manera —respondió Alina con la mano derecha sobre la empuñadura. Josfat hizo lo mismo—. Se la daré en el preciso momento que Roamán esté con nosotros.

—Está bien, pero lo enviaré con un escolta. No puede caminar por sí mismo.

Inteligente. Puesto que nosotros somos dos, quiere a dos de sus soldados en el intercambio, de lo contrario estaríamos nosotros en ventaja numérica.

—Adelante —dijo Alina.

El que bajó a Roamán del carromato lo tomó por el codo y le dijo que se moviera. Caminaron lentamente. Alina escuchaba el bombear de su propio corazón en sus orejas. Todos estaban muy quietos. El único sonido, además del murmurar del viento, era el de los pies que arrastraba el pelirrojo.

Josfat se emparejó con Alina y recibió a Roamán.

—Ahora dánoslo —gruñó el sargento Guajar.

—Vamos, Alina —le dijo Josfat—. Dáselo y salgamos de aquí.

Ella asintió y extendió la mano. Guajar tomó el medallón, sus ojos brillando, y caminó junto con el otro unos pasos hacia atrás, luego se dieron la media vuelta.

Alina y Josfat caminaban también dando pasos hacia atrás, sin perder de vista a los monjes

guerreros.

Sucedió rápido.

Primero, la puerta del carruaje se abrió repentinamente, y de allí emergió un Devoto que había estado escondido. Llevaba consigo un arco que tensó y apuntó. Pocas cosas helaban más la sangre que ver a un arquero apuntándote sin tener uno ni siquiera una cota de malla encima. Una cota no siempre era suficiente para parar la flecha de un buen tiro, pero por lo menos la posibilidad existía.

Segundo, Guajar y el otro desenvainaron y se dieron la vuelta, encarándolos, gritando blasfemias.

Tercero, Adiram y los otros dos soldados sacaron también sus armas, y corrieron hacia ellos.

Diosa, se dijo.

En esa fracción de segundo se preguntó hacia quién iba dirigida la flecha: ella, Josfat, Roamán. Tenía que ser ella el blanco, era lo más probable, así que se agachó e inclinó a su derecha.

El arquero disparó y, por la distancia, vio el proyectil haciendo leve arco hacia ella, alcanzándola en el hombro izquierdo, sin clavarse.

Desenvainó, Josfat hizo lo mismo mientras decía:

—¡Roamán, corre!

El pelirrojo dio un paso, se tropezó, y se fue de bruces.

El sargento atacó a Alina. Se defendió de los dos mandobles, dando un salto hacia atrás para hacer espacio. Detrás del sargento venía el capitán y dos de los suyos, corriendo, y junto al carruaje el arquero encajaba otra flecha. Tensó la cuerda. Entonces de su frente emergió el esta de una flecha.

Por lo menos así pareció. En realidad, acababa de recibir un flechazo entre los ojos. El arquero cayó al suelo.

¿Qué fue eso…?, se preguntó, pero ya tenía encima a Guajar, un golpe, dos golpes, tres. El sargento levantó la espada por encima de su cabeza y, tomándolo por sorpresa, le dio una patada con el talón en el abdomen. Es sargento tosió y se tambaleó, alejándose unos pasos, pero se recuperó, el rostro rojo de ira.

Antes de montar una nueva ofensiva, una flecha se clavó en su pecho. Tosió de nuevo, sorprendido por el delgado pedazo de madera que tenía incrustado en las costillas, cerca del corazón. Las rodillas se le doblaron y terminó tirado, los ojos abiertos.

El capitán de los Devotos, estando ya a unos diez pasos de distancia y al ver a su sargento en el suelo, se detuvo:

—¡Esperen! ¡Cuidado!

Alina socorrió a Josfat, que aunque se defendía de espada con daga, lo hacía bien, pues era mejor espadachín que el otro, y probablemente se hubiera desecho de él sin su ayuda. De todas maneras, puesto que no estaban como para escatimar asistencia, Alina le enterró al monje guerrero la espada en la espalda.

Una tercera flecha pasó rozando al capitán Devoto y se clavó en el vientre del que iba a su derecha.

—¡Nos emboscan! —gritó el capitán—. ¡Retirada!

Con eso, y dándose la media vuelta, puso pies en polvorosa. El último soldado que quedaba de pie —además del capitán, que se alejaba— se paralizó. No solamente sus compañeros estaban tendidos en el suelo, sino que su propio capitán acababa de súbitamente declarar retirada.

Cometió el error de no imitar a su superior, por más cobarde que la huida fuera, porque en un

pestañear tenía encima a la mercenaria y al ladrón que, sin demasiada dificultad, le dieron varias tajadas en el pecho.

El de la flecha en el vientre estaba tirado, pero vivo, gimiendo y desangrándose. Se le acercó Alina:

—Amigo, te vas a morir. Te saco de la miseria, o te mueres poco a poco. ¿Qué prefieres?

—Maldita… asesina —murmuró.

Alina lo interpretó como un deseo de ser sacado de su miseria, y le clavó la daga en el corazón. Luego tomó el medallón de la mano todavía cerrada del sargento Guajar, quien quedó tirado con los párpados sin pegar y la boca chueca, la lengua de fuera.

Roamán se ponía, dificultosamente, de pie, la cara manchada de polvo.

A la izquierda de ellos, sobre uno de los techos, vieron una figura delgada, ligeramente encorvada, con un arco en sus manos.

Era el viejo Pitt.

17. UN BRINDIS

CIUDAD DE PERCORATÁN, días después…

Se reunieron en el comedor de un mesón con vista hacia el mar: Alina, Josfat, Roamán y Pitt.

Atardecía. El cielo se pintaba de naranja. El aire les pegaba fresco y agradable.

—Debimos haber cabalgado —dijo Roamán, cuyo semblante mejoraba cada día—. ¡Odio los barcos!

—Apenas podías caminar, ¿cómo habrías cabalgado? —le dijo el viejo Pitt—. Ya te puedo escuchar quejándote el camino entero. La Diosa nos salvó de ello.

—¡Bah! —respondió el pelirrojo, sonriendo.

—Era demasiado peligroso, de todas maneras —dijo Josfat—. Nos buscan por todos los caminos alrededor de Xulde.

—Además no tienes mucho de qué quejarte —agregó Pitt—. Te pasaste el viaje bebiendo y comiendo. A diferencia de Alina, que se pasó el viaje vomitando lo que bebía y comía.

Se rieron, aunque Alina no le pareció del todo gracioso, si bien sabía que solamente jugaban con ella. La realidad es que el viaje fue horroroso para ella, mareada, nauseabunda, vomitando. Pero lograron llegar a Percoratán.

Decidieron quedarse allí por un tiempo hasta que se calmaran un poco las cosas en Xulde. Sin embargo, sabían que la persecución podría llegarles hasta allí, por lo que tenían el plan segundo de huir hacia la Isla de las Lágrimas, donde incluso los Devotos pensarían dos veces antes de anclar allí.

—¿Ya estás mejor, Alina? —le pregunto Pitt—. Por lo menos ya no tienes la piel amarilla.

—Me he sentido mejor estos últimos dos días. Me hace muy bien el aire del mar, ¡siempre y cuando no esté encima de un barco! ¿Y tú?

—Yo estoy bien —dijo el viejo espadachín—. Mis heridas sanarán.

El misterio de la reaparición del viejo Pitt se resolvió el mismo día en que los rescató de morir a espada del capitán Devoto y sus secuaces. Pitt se los contó todo.

Aquella noche cuando capturaron a Alina y a Roamán, los Devotos dejaron a Pitt por muerto, habiéndole atravesado el vientre. Persiguieron a Josfat el resto de la noche y cuando regresaron, asumieron que alguno de ellos había recogido el cuerpo. En realidad, Pitt logró llegar a una enfermería, donde le salvaron la vida al suturarle sus heridas. Sin embargo, la siguiente noche, antes de poder salir de cama, fue azotado por una fiebre de varios días que por poco le quita la vida. Estuvo inconsciente y delirante todo ese tiempo, cuidado por las enfermeras.

Se recuperó apenas un par de días antes de que Alina y Josfat se vieran con los Devotos en las ruinas. Puesto que no tenía idea de si sus amigos estaban vivos, decidió espiar el templo redondo, por si lograba obtener alguna información de su paradero.

La noche antes del encuentro avistó al capitán y su guardia saliendo del templo. Los siguió hasta una taberna en donde escuchó el plan que tenían: salir furtivamente de la ciudad antes de

amanecer, llevando a un cautivo a quien llamaron «el grandote», para encontrarse con «la mercenaria» en las ruinas. Eso fue suficiente para adivinar lo que sucedía, así que se adelantó hacia las ruinas esa misma noche, habiendo conseguido un arco, y se escondió en aquel techo cerca de la torre derrumbada.

Cuando llegaron todos a Percoratán, le consiguieron a Pitt un par de muletas, pues caminaba con cierta dificultad. Al principio se rehusó a usarlas, pero ya llevaba algunos días ayudándose con una. Indudablemente se veía mejor. La herida en el vientre era fea, pero fue suturada con pericia por el cirujano de la enfermería. De todas maneras, Alina no estaba segura si el viejo espadachín podría continuar sus aventuras con la Cofradía, o si el tiempo había ya llegado para colgar la espada.

—¿Cómo va tu hombro? —le preguntó Josfat a ella.

—Fue una cortadita, nada más. —Le dolía todavía, pero nada serio. Por la providencia de la Madre la flecha no se enterró, porque de haber sido así la hubiera dejado por lo menos con movilidad limitada.

—Parece que estás coleccionando cicatrices, como nosotros —dijo Roamán, cuya nariz chata quedó levemente chueca, y con la herida sobre su oreja en proceso de cicatrización—. Entonces, el plan sigue siendo el mismo, ¿sí? —agregó.

—Así es —dijo Josfat—. Nos quedaremos aquí por un tiempo.

—¿Haremos algo con el medallón? —preguntó Pitt.

—No —dijo Alina—. Se quedará escondido, donde lo dejamos.

Lo escondieron en una casa abandonada al sur de Percoratán. Bien enterrado, bien escondido. Por supuesto que Alina le ganó la curiosidad e intentó hacer uso de la reliquia, pero no pudo. Probablemente necesitaba algún hechizo de activación, tenía alguna forma secreta de usarlo. Para ello necesitarían preguntarle al duque, y no tenían pensado volver a verle la cara, preferentemente por el resto de sus vidas.

Cada que pensaba en eso, sentía un escalofrío. Parte del éxito que tenía como mercenaria era producto de su clandestinidad. Por eso le llamaban la Sombra. Ahora, sin embargo, dos de las personas más poderosas de Xulde la estarían buscando, el duque y el capitán Devoto.

Consideraron regresarle el medallón al duque Obdane para ver si eso lo aplacaba y los dejaba en paz, pero decidieron no hacerlo, por lo menos no por ahora. El medallón era una poderosa «carta» que podrían usar en el futuro para salir de algún aprieto.

Su ánimo hoy estaba mejor porque esa mañana llegó su espada desde Xulde. La extrañaba. Mandaron un mensaje por paloma, y con la promesa de pagarle unos cuantos talanes, un amigo de confianza de los ladrones apodado el Verde les trajo sus armas, entre otras cosas.

Con su espada al cinto, Alina se sentía de buen ánimo. Aunque esperaba no tener que usarla pronto.

Además de eso, había logrado contactar a siana Larani, y la madre ungidase encargaba de salvaguardar sus cosas en su habitación antes de que fueran confiscadas o destruidas. Tenía la esperanza de que por lo menos sus libros se salvaran. Le dolía el pecho tan solo de pensar en la posibilidad de que tiraran sus códices a la basura, o peor todavía, que los mandaran quemar. Los Devotos eran capaces de cualquier cosa.

Un criado les trajo la cena, que era pescado a la leña, sopa de camarón, arroz y ostiones. Acompañado de aguardiente.

—Tengo la esperanza de que este sea el plato que cambie mi opinión sobre la comida de este lugar —dijo Roamán.

—Por lo menos noto que ya está cambiando tu opinión sobre las mujeres aquí —dijo Pitt—,

porque no has parado de hacerle ojos a la rubia de allá.

Roamán se rio:

—Parece que las cosas están mejorando, ¿eh? —Tomó su tarro y lo levantó—. ¡Salud, amigos!

Alina, Josfat y Pitt lo imitaron:

—¡Salud!

EPÍLOGO

EN XULDE…

Aquella noche entró a ese lugar maloliente, esa excusa de taberna.

Llevaba puesto un manto pesado cuya capucha le ocultaba el rostro. No pensaba que alguien allí lo reconocería, pero uno no podía ser demasiado cuidadoso estos días.

De acuerdo al mensaje, se le pedía ir solo.

No era un imbécil. Mandó a dos de los suyos, quienes entraron un cuarto de hora antes con dagas escondidas en la espalda.

No creía que los fuera a necesitar.

Pero uno no podía ser demasiado cuidadoso estos días, ¿cierto?

El mensaje venía con la instrucción de ir al último cuarto, la mesa de la esquina izquierda, junto a una puerta de salida. Hacia allí se dirigió.

El lugar no solamente olía a alcohol de segunda y a sudor, sino que además el aire era espeso por el humo de tabaco. Vio la mesa donde tres lo esperaban, el rostro ensombrecido por sombreros de ala ancha y elegante pluma que no encajaban en el lugar.

Se sentó frente a ellos.

No veía armas, pero si tuviera que apostar, apostaría cien talanes que no solamente andaban armados, sino que sabían usar los aceros. Por lo menos los dos grandotes que eran evidentemente los guardaespaldas del de en medio.

Resistió la tentación de mirar hacia la mesa atrás a su derecha, en donde estaban apostado sus hombres, supuestamente jugando una partida de cartas. Los reconoció al pasar junto a ellos y, siguiendo la instrucción que les dio, ni siquiera lo miraron a los ojos para no levantar sospecha.

—Gracias por venir, capitán —dijo el de en medio—. Supongo que no suele venir a establecimientos como estos.

—Supongo que usted tampoco, su excelencia —le dijo al duque Obdane. Ni siquiera se tomó la molestia de bajar la voz. A nadie le interesaba su conversación. A nadie, excepto a sus dos hombres. El resto de los comensales comía, bebía, jugaba, gastaba dinero que lamentaría después.

—No. Pero aquí uno no se arriesga a ser reconocido. ¿Puede imaginar lo que la gente pensaría si supiera que yo me he reunido con el capitán de la Santa Devoción?

—Solo me lo puedo imaginar, mi señor.

—Lamento enterarme que no tienes mi reliquia.

El capitán Sorne Adiram se lamió los labios. Se sintió agradecido de que el capuchón le cubría la cara, pues la sentía caliente; por un lado de la vergüenza, por el otro de la ira. Había perdido a cinco de sus mejores hombres a manos de unos simples ladrones. Incluso su sargento primero, muerto. Su guardia personal, muerta.

Además de los hombres que perdió cuando robaron la reliquia de camino a Xulde. Otros tres

hombres.

¿Qué capitán Devoto había perdido tantos soldados en tan poco tiempo? Ninguno que recordara. Era una completa vergüenza, y sabía que en cualquier momento recibiría una carta del Gran Maestre de la Orden, solicitándole ir a Zurmeldán a rendir cuentas. ¿Podrían removerlo de ciudad? ¿Quitarle su posición? ¿Mandarlo a la maldita llanura o a las montañas rojas? Pensaba que no. Esperaba que no. Tenía suficiente poder en Xulde, suficiente influencia.

Pero había perdido el medallón. Ahora tenía que hacer algo al respecto.

—Yo también lo lamento, su señoría. Aunque tuve que recuperarlo, pues había sido previamente robado. Es decir, fue robado dos veces. Primeramente de mis hombres, y luego por una mercenaria.

El duque se quedó en silencio por un momento. Luego dijo:

—Capitán, creo que a estas alturas no vale la pena fingir. Sé perfectamente bien que usted ya sabe que ese medallón me pertenece, y que hice lo necesario para recuperarlo. Esa reliquia es *mía.*

—Con todo respeto, las reliquias son custodiadas por la Iglesia, su excelencia.

El duque entrelazó sus dedos y reposó las manos en la mesa:

—¿Será que nuestro tiempo aquí se invertirá mejor en discutir las leyes sobre la posesión y el resguardo de reliquias? Quizás debí haber invitado a un erudito y a una teóloga para amenizar la conversación.

El capitán Adiram se imaginó lo mucho que disfrutaría tener a ese hombre amarrado en una silla en la celda más profunda de su mazmorra, con un martillo, unas tijeras, unas tenazas, y dos o tres cuchillos, para pasar el tiempo.

—Hice lo necesario para recuperar lo que es mío, capitán, y lo seguiré haciendo.

—Matando a varios de mis hombres.

—Los soldados mueren, capitán. Para eso sirven al reino. En el caso de ustedes es igual, excepto que en lugar de morir por la Corona, lo hacen por la Madre.

—Y con gusto damos la vida.

—Bien por ustedes, capitán. Pero seamos realistas. Ahora ambos tenemos un problema. Un problema en común, digamos.

—Sí.

—Quizás si unimos fuerzas podríamos encontrar más rápido lo que buscamos.

—¿Un intercambio de información?

—Comencemos por allí. Quiero saber sus nombres. Quiero saber quiénes son.

—¿A cambio de…?

—A cambio de una carta. Estoy seguro que una carta al Gran Maestre, hablando de tu buen desempeño en la ciudad, será de mucha ayuda.

Sorne Adiram se pasó la lengua por los labios.

Vaya que me ayudaría, sí.

El Gran Maestre quedaría admirado si recibía una recomendación de parte del duque. La nobleza, con algunas excepciones, prefería mantener a los Devotos lo más lejos posible.

—Sí. Me sería de ayuda.

—No solo eso. Creo que la razón razón por la que la Orden perdió guerreros estos días es por falta de financiación. ¿No cree?

—Pudiera ser… —dijo, curioso de escuchar más.

—Quizás sí la Orden en Xulde tuviera más dinero podría reclutar a más soldados, armarlos y entrenarlos mejor. Es increíble lo que una buena cantidad de plata puede hacer para capacitar a

los soldados. Pienso que con una donación de cien mil talanes usted podría usar *parte* de ese dinero para encontrar mi medallón. Y dármelo.

El capitán no pudo evitar sonreír. No le importaba si le veían el rostro.

Interesante cómo las cosas y las percepciones pueden cambiar tan rápido. Hace unos minutos, lo quería muerto. Ahora es mi salvador.

—Ahora que lo dice, su excelencia, no me queda duda de que sería una encomienda digna de nuestra Orden.

—¿Entonces tenemos un trato?

—Tenemos un trato —dijo—. Ella se llama Alina Araluz. Le dicen la Sombra. Y cuando la vea, le cortaré la cabeza.

—::—

AL LECTOR

ESTIMADO LECTOR:

Primero que nada agradezco tu lectura. Esta tercera aventura de Alina me resultó muy divertida de escribir. Al redactar estas líneas, ya he terminado el cuarto episodio de esta saga, titulado «Hereje», el cual espero puedas darle un vistazo, también.

Te recuerdo aquello que escribí en los dos episodios previos: una reseña en línea ayuda en gran manera a un libro como este y a un un escritor independiente como yo. Si te ha gustado, te agradecería calificarlo con estrellas, o con un breve comentario.

Así que, como te decía, el cuarto libro está terminado, y pronto, muy pronto, me pondré a escribir el quinto, del cual todavía no me decido sobre el título.

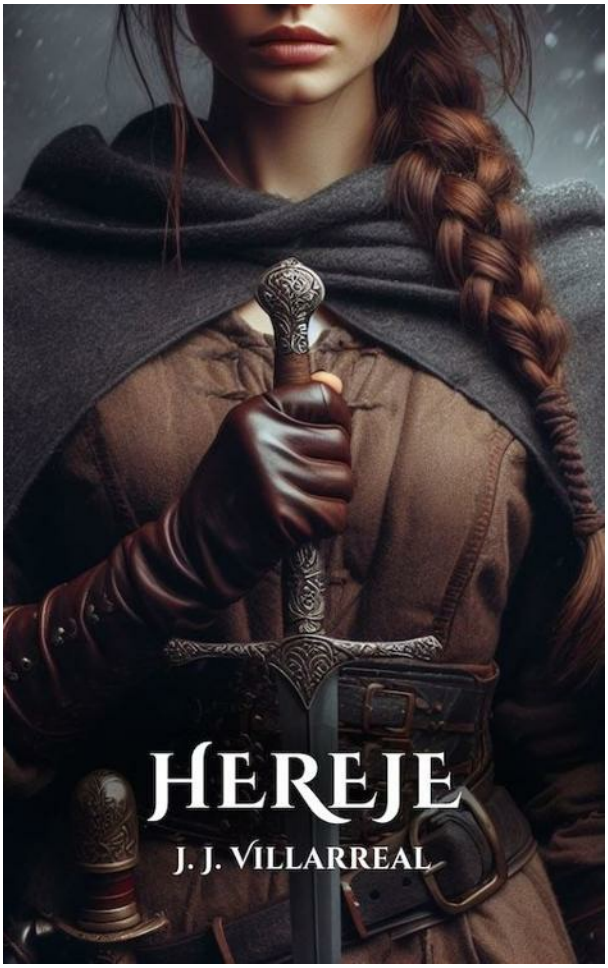
Pues bien, me despido. Espero verte de nuevo. ¿Nos vemos en Xulde?

Gracias,

J. J. Villarreal

SINOPSIS

NO TE PIERDAS Hereje, el cuarto episodio de la serie «Mercenaria».



Alina Araluz es la mujer más buscada en Xulde. De todas maneras, decide regresar a esa ciudad de la que fue exiliada. Las cosas salen mal casi inmediatamente. Primero, con un visitante inesperado. Luego, un ataque mortal. Desesperada por encontrar una solución sobre la reliquia en su posesión, decide ir con su mejor amiga, Larani, la madre ungida, quien la lleva a una misteriosa isla donde podrán encontrar respuestas.

Lo que no saben es que esa isla se convertirá en una prisión. Ahora la persigue la nobleza, los

Devotos y los runaritas. Si logra salir con vida, será por la pura misericordia de la Diosa Madre. Buscaba respuestas… pero encontrará un enemigo mortal.

Adéntrate en el cuarto episodio de «Mercenaria», la nueva saga de la pluma de J.J. Villarreal. Una aventura llena de acción para los amantes de la fantasía épica.

Disponible en Amazon y Kindle Unlimited a partir de primavera 2025

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal

Serie «Guerrero dragón»:
El despertar del dragón
El guerrero dragón
La reliquia del dragón
La venganza del dragón
La resurrección del dragón

Serie «Crónicas de Casten»:
Las crónicas de Casten (Casten vol. 1)
El amuleto (Casten vol. 2)
El agorero (Casten vol. 3)

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Visita el blog de J.J. Villarreal para recibir su newsletter mensual, actualizaciones, reseñas, y más.
www.jjvillarreal.blogspot.com

Notes

1. Una vara equivale a aprox. 1.5 metros.
2. Estos eventos se relatan en el segundo libro de la mercenaria, titulado «Traidora».
3. Equivale a aproximadamente 1 hora a pie.